



HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 242
Septiembre 2023

Fe de ayer y hoy



CURSO ONLINE

CONSAGRACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN



A través de un curso online, totalmente gratuito, descubrirá los encantos de tener a la Madre de Dios como amiga. Participe con nosotros, somos más de un millón de personas, de los más diversos lugares, unidas en el mismo propósito de conocer a María Santísima y consagrarse a Ella como esclavos de amor.

- ✓ Lecciones en video de **alta definición**
- ✓ Seguimiento **personalizado**
- ✓ **Material extra** incluido
- ✓ **Lives** con el P. Manuel Rodríguez
- ✓ Asista a las lecciones en **su horario**
- ✓ **Despeje sus dudas** en los grupos de alumnos

**Inicio del próximo curso
5 de septiembre de 2023**



Acceda ahora e inscríbese ya
<https://consagracion.heraldos.org>

Asista a nuestros programas en YouTube:
[@HeraldosdelEvangelioesp](#)

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXI, número 242, Septiembre 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

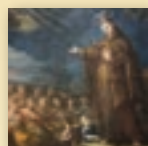
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

«Ecclesia semper
sanctificanda» (Editorial) 5



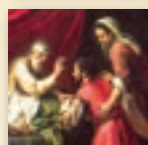
La voz de los Papas –
Regla segura para la
enseñanza de la fe 6



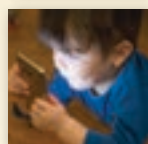
Comentario al Evangelio –
La omnipotencia del
verdadero amor 8



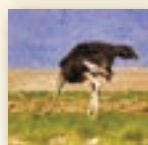
Los diez mandamientos –
Garantía de felicidad
en la tierra 14



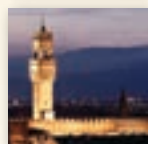
La bendición,
perfume de Dios 18



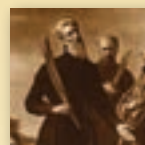
Educación digital,
camino de la
Edad de Piedra 21



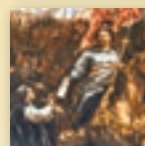
El mal del avestruz 24



Campanarios de la
Tradicón 26



Beato Camilo Costanzo –
El ángel del Sol Naciente 30



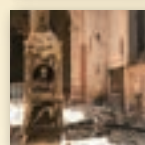
El sitio de Viena –
A través de María serás
victorioso, Juan 34



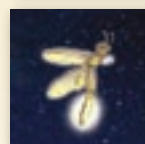
Verdadera esposa y
madre católica 38



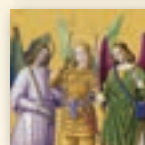
Heraldos en el mundo 40



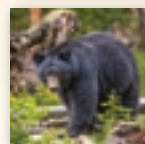
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo 44



Historia para niños... –
El brillo de la luciérnaga 46



Los santos de
cada día 48



¿Quiere vencer las
tentaciones? 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

UNA LUZ QUE BRILLA EN LAS TINIEBLAS DEL PECADO

Los Heraldos del Evangelio son una ciudad construida sobre un monte, una luz que alumbra a todos los hombres en un mundo cegado por las tinieblas del pecado.

Dice Jesús: «Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mt 5, 16). Con su extremo celo por la liturgia, la música y la belleza de la arquitectura de sus monasterios y basílicas, los Heraldos del Evangelio nos invitan a contemplar, alabar y experimentar la grandeza de la Iglesia Católica. Les agradezco tan enorme esfuerzo para hacer el bien.

*Melisa B. Compasso de Araújo
Recife – Brasil*

GRATITUD A MONS. JOÃO SCOGNAMIGLIO CLÁ DIAS

La belleza salvará al mundo... Todo bautizado es imagen y semejanza de Dios y, como tal, una criatura que naturalmente tiende a lo bueno, lo bello y lo verdadero. Sabiendo esto, el enemigo infernal se ha dedicado, durante toda la historia humana, a invertir estos valores. La Revolución, suscitada por el enemigo a lo largo de los siglos, tiene el objetivo de borrar en el alma humana el deseo del *pulchrum* y ha hecho que muchos bautizados olviden su vocación primera y se entreguen al culto de lo feo, la mentira, etc.

Sin embargo, Dios, soberano Señor de la historia, al ver sufrir a su creación bajo ese pesado yugo, suscitó a un hombre, una obra, para hacer frente a este desorden absoluto. Leyendo la revista *Heraldos del Evangelio*, se percibe exactamente esto: hombres y

mujeres que no hacen más que dedicar su vida por amor a nuestro Señor y a la causa católica. En cada artículo, incluso en cada renglón, se nota que se trata de personas empeñadas únicamente en honrar y glorificar a Dios, Señor de la historia, que tanto es ofendido en este siglo. En cada edición de esta revista se ve el deseo insaciable de restaurar en el alma humana el verdadero sentido de nuestra existencia.

Agradezco infinitamente a Mons. João y a cada heraldo del Evangelio fiel a su vocación que, con su fidelidad y dedicación a la causa de Nuestra Señora, ha ayudado a tantas almas a caminar por la senda de la virtud.

*Paulo Henrique Bianchini
Espírito Santo do Iguaçu – Brasil*

EXCELENTE NIVEL ACADÉMICO

La revista de julio, que celebraba los setecientos años de la canonización de Santo Tomás de Aquino, brilla por su excelente nivel académico y por su bella presentación gráfica.

Como los discípulos de Emaús, con cada artículo «mi corazón ardía» de amor a Santo Tomás y de gratitud hacia los Heraldos. Pronto se podrá constatar que no ha sido posible obstruir la gracia profética latente en los Heraldos.

*Julio César Carneiro
Belo Horizonte – Brasil*

CONOCIMIENTO ACADÉMICO ADMIRABLE

El apólogo descrito por la joven hermana Lorena Mello da Veiga Lima, involucrando a Agustín, Aristóteles, Pablo y Tomás en el artículo «La torre que tocó el Cielo», ¡es simplemente genial! No sé si ella fue testigo de esa escena o si fue un ángel quien se la contó. Todo hecho con mucha belleza y capacidad de síntesis, que denotan un conocimiento académico admirable.

Aunque adulta, esta vez yo estaba más emocionada que mis hijos, que

nunca dejan de leer la sección «Historia para niños... ¿o adultos llenos de fe?».

¡La paz de Cristo y el amor de María!

*María Eduarda Mascarenhas
Manaus – Brasil*

PROFUNDO SENTIDO CATÓLICO Y CÁLIDO AMOR A LA SANTA IGLESIA

El perfil militante de Santo Tomás de Aquino destaca bastante cuando leemos el último número de la revista, que relata el triunfo de la escolástica sobre viejas corrientes doctrinales provenientes de tiempos primitivos marcados por la gnosis. Esta militancia nacida de un ardiente amor por la verdad amplió la capacidad intelectual del santo y desbordó su vena poética en la devoción eucarística.

Por cierto, parece que el fracaso del neotomismo se debió a que no se aplicó a la refutación de los errores contemporáneos y se quedó en especulaciones vacías, sin combatir el mal.

Le doy gracias a Dios al constatar que los jóvenes articulistas de esta revista están dotados de un profundo sentido católico y de un cálido amor a la Santa Iglesia. *Pax et bonum.*

*Francisco Antonio Schimidt
Joinville – Brasil*

«LA VERDAD SIEMPRE TRIUNFA, PORQUE DIOS ES LA VERDAD»

Las obras de Santo Tomás han dejado una huella que no se borra y sigue influyendo en la Iglesia Católica —como se ve en el artículo «Una teología asumida por la Iglesia Católica — ¡Id a Tomás!»—, aunque algunos quieren evitarla para seguir por caminos desviados. La rectitud y la verdad de su pensamiento no pueden ser borradas, y eso molesta a quienes no quieren aceptarlo. Pero la verdad siempre triunfa, porque Dios es la Verdad misma.

*María de la Luz Álvarez
Vía revistacatolica.org*

«ECCLESIA SEMPER SANCTIFICANDA»

La Iglesia despuntó del ímpetu evangelizador de su fundador, Jesucristo, que le confirió a los Apóstoles el poder de expulsar demonios, curar enfermedades y, sobre todo, proclamar el Reino de Dios (cf. Lc 9, 1-2).

El último discurso del Redentor a sus discípulos, a manera de corolario de su misión, fue la contundente convocatoria al apostolado universal: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15), subrayando que enseñaran «a todos los pueblos» (Mt 28, 19). El Apóstol de las gentes insiste, además, que el anuncio de la Palabra es una necesidad: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9, 16).

Los primeros mártires regaron a la Iglesia naciente con su propia sangre, para que brotaran los dulces frutos de la civilización cristiana. Más tarde, santos como Agustín de Canterbury en Inglaterra, Bonifacio en Alemania y, tiempo después, Francisco Javier en el Lejano Oriente son ejemplos de apóstoles que, imbuidos de «cristianos atrevimientos», llevaron la Palabra a todos los rincones del orbe.

Sin embargo, es una enorme tristeza observar que tantos esfuerzos del pasado fueron aniquilados por los «falsos apóstoles» (2 Cor 11, 13), como en el caso de los cismas de Occidente y de Oriente, así como la seudorreforma protestante que hizo estragos especialmente en tierras de Bonifacio y de Agustín, a través del luteranismo y del anglicanismo. En contrapartida, la Providencia fue pródiga en el envío de santos de élite como Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Felipe Neri...

Dos siglos más tarde, la Revolución francesa sólo pudo triunfar gracias a la crucial colaboración del clero apóstata, en particular del P. Sieyès. Tras apoyar la nacionalización de los bienes eclesiásticos, se unió a Luis Felipe de Orleans en la conspiración contra la nobleza y el propio clero, para destronar a Luis XVI y provocar así una implacable persecución a la Iglesia. Como revancha, Dios suscitó en el siglo XIX lumbreras de santidad como el Cura de Ars, Bernadette Soubirous o Catalina Labouré.

La era posmoderna es hija de los disparates del siglo XX, durante el cual hubo grandes momentos para la Iglesia, pero también períodos de propagación de un sentimentalismo mórbido y de ideas paganizantes en movimientos litúrgicos, unidos al laxismo y el *comodismo* en la esfera religiosa, tal y como lo denunció Plinio Corrêa de Oliveira en la obra *En defensa de la Acción Católica*, en 1943. A esto le siguió en Occidente un gran éxodo de fieles, como en Brasil, cuya población católica, otrora mayoritaria, hoy se reduce a menos de la mitad.

Ese fenómeno es bastante complejo para ofrecer soluciones fáciles. Quizá la más frecuente sería la ingenua adaptación de la Iglesia al mundo, aliada a la suspensión de cualquier tipo de evangelización. Existe, no obstante, una esencial contradicción entre la vocación de los apóstoles y el mundo (cf. Jn 15, 19), aunque haya que actuar *en el mundo*, aprovechándose de sus propias herramientas, como el sabio uso de los medios de comunicación social.

Por lo tanto, lo que la Iglesia necesita no son malogradas «reformas», sino una *restauración* de todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1, 10). Ahora bien, esto siempre se consigue a través de la santidad, el mejor y más eficaz medio de apostolado. De modo que antes de postular un constante *aggiornamento* de la Iglesia cabe invocar su creciente y continua santificación: *Ecclesia semper sanctificanda*. Sólo así se cumplirá el mandato de Cristo de llevar el Evangelio a *todos*. ✧



Homilía en la
basílica de Nuestra
Señora del Rosario,
Caieiras (Brasil)

Foto: Stephen Nami



Regla segura para la enseñanza de la fe

Ojalá que la luz de la fe verdadera libere a los hombres de la ignorancia y de la esclavitud del pecado, para conducirlos a la única libertad digna de este nombre, es decir, a la vida en Jesucristo, bajo la guía del Espíritu Santo.

Guardar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo. [...]

Un catecismo debe presentar con fidelidad y de modo orgánico la doctrina de la sagrada Escritura, de la Tradición viva de la Iglesia, del Magisterio auténtico, así como de la herencia espiritual de los Padres, y de los santos y santas de la Iglesia, para dar a conocer mejor los misterios cristianos y afianzar la fe del pueblo de Dios. Asimismo, debe tener en cuenta las declaraciones doctrinales que en el decurso de los tiempos el Espíritu Santo ha inspirado a la Iglesia. Y es preciso que ayude también a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en otras épocas no se habían planteado aún.

Así pues, el catecismo ha de presentar lo nuevo y lo viejo (cf. Mt 13, 52), dado que la fe es siempre la misma y, a la vez, es fuente de luces siempre nuevas.

Contenido antiguo expresado de un modo nuevo

Para responder a esa doble exigencia, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, por una parte, toma la estructura «antigua», tradicional, ya utilizada por el catecismo de San Pío V, distribuyendo el contenido en cuatro partes: credo; sagrada liturgia, con los sacramentos en primer lugar; el obrar cristiano, expuesto a partir del Decálogo; y, por último, la oración cristiana. Con todo, al mismo tiempo, el contenido se expresa a menudo de un modo «nue-

vo», para responder a los interrogantes de nuestra época.

Las cuatro partes están relacionadas entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); ese misterio es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); inspira nuestra oración, cuya expresión principal es el Padre nuestro, y constituye el objeto de nuestra súplica, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte).

La liturgia es en sí misma oración; la confesión de la fe encuentra su lugar propio en la celebración del culto. La gracia, fruto de los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, del mismo modo que la par-



Francisco Leccaros

«El catecismo ha de presentar lo nuevo y lo viejo, dado que la fe es siempre la misma y, a la vez, es fuente de luces siempre nuevas»

San Felipe Neri enseña catecismo a los niños de Roma - Iglesia dedicada a él en Barcelona (España)

A los pastores y a los fieles, el catecismo es entregado como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica

ticipación en la liturgia de la Iglesia exige la fe. Si la fe carece de obras, es fe muerta (cf. Sant 2, 14-26) y no puede producir frutos de vida eterna.

Leyendo el *Catecismo de la Iglesia Católica*, podemos apreciar la admirable unidad del misterio de Dios y de su voluntad salvífica, así como el puesto central que ocupa Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la bienaventurada Virgen María por obra del Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, de manera especial en los sacramentos. Él es la verdadera fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el maestro de nuestra oración.

Regla para la enseñanza de la fe

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, que aprobé el día 25 del pasado mes de junio y que hoy dispongo publicar en virtud de mi autoridad apostólica, es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, comprobada o iluminada por la sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia.

Yo lo considero un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la enseñanza de la fe. Ojalá sirva para la renovación a la que el Espíritu Santo incesantemente invita a la Iglesia de Dios, cuerpo de Cristo, peregrina hacia la luz sin sombras del Reino.



Predicación de San Antonio, de Alonso de Arco - Iglesia de San Antolín, Tordesillas (España)

Texto de referencia seguro y auténtico

La aprobación y la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* constituyen un servicio que el Sucesor de Pedro quiere prestar a la santa Iglesia católica, a todas las Iglesias particulares que están en paz y comunión con la Sede Apostólica de Roma: es decir, el servicio de sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús (cf. Lc 22, 32), así como fortalecer los lazos de unidad en la misma fe apostólica.

Pido, por consiguiente, a los pastores de la Iglesia, y a los fieles, que acojan este catecismo con espíritu de comunión y lo usen asiduamente en el cumplimiento de su misión de anunciar la fe y de invitar a la vida evangélica. Este catecismo se les entrega para que les sirva como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y sobre todo para la elaboración de los catecismos locales.

Se ofrece, también, a todos los fieles que quieran conocer más a fondo las riquezas inagotables de la salvación (cf. Jn 8, 32). Quiere proporcionar una ayuda a los trabajos ecuménicos animados por el santo deseo de promover la unidad de todos los cristianos, mostrando con esmero el

contenido y la coherencia admirable de la fe católica.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* se ofrece, por último, a todo hombre que nos pida razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 Pe 3, 15) y que desee conocer lo que cree la Iglesia católica. [...]

Luz que libera a la humanidad

Al concluir este documento, que presenta el *Catecismo de la Iglesia Católica*, pido a la Santísima Virgen María, Madre del Verbo Encarnado y Madre de la Iglesia, que sostenga con su poderosa intercesión el trabajo catequístico de toda la Iglesia en todos sus niveles, en este tiempo en que está llamada a realizar un nuevo esfuerzo de evangelización.

Ojalá que la luz de la fe verdadera libere a los hombres de la ignorancia y de la esclavitud del pecado, para conducirlos a la única libertad digna de este nombre (cf. Jn 8, 32), es decir, a la vida en Jesucristo, bajo la guía del Espíritu Santo, aquí en la tierra y en el Reino de los Cielos, en la plenitud de la felicidad de la contemplación de Dios cara a cara (cf. 1 Cor 13, 12; 2 Co 5, 6-8). ✧

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II.
Fidei depositum, 11/10/1992.



Reproducción

✠ ✠ EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹⁵ «Si tu hermano peca contra ti, repréndelo estando los dos a solas. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. ¹⁶ Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. ¹⁷ Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano. ¹⁸ En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en los Cielos. ¹⁹ Os digo, además, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los Cielos. ²⁰ Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 15-20).

«Pentecostés», de Fra Angélico -
Galería Nacional de Arte Antiguo, Roma

La omnipotencia del verdadero amor

Los que militan en las sendas de la fe como buenos soldados de Cristo deben permanecer continuamente alerta, a fin de vencer a los enemigos de la salvación. Para ello, no hay arma más temible que el verdadero amor fraterno.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – «VIS UNITA FORTIOR»

El Evangelio del vigésimo tercer domingo del Tiempo Ordinario se centra en dos temas distintos: la corrección fraterna y la fuerza de la oración hecha en grupo, con la presencia espiritual del Señor y en comunión de ideas con Él.

Aunque ambos están relacionados con el amor al prójimo, a primera vista parecen desconectados entre sí, como si el evangelista expusiera una recopilación de enseñanzas de Jesús una tras otra, respetando un cierto orden, pero sin una especial preocupación por asociarlas.

En realidad, más allá de la intención del escritor sagrado, la corrección fraterna y la infalibilidad de la oración hecha en conjunto están íntimamente ligadas. Sin la primera es imposible que exista auténtica comunión espiritual, pues su ausencia impide, en última instancia, que dos o más personas supliquen la misma intención. Así, una se convierte en camino y preparación para la otra.

Dado el altísimo quilate de la promesa hecha —«si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los Cielos»—, vale la pena profundizar en el asunto, a fin de dotarles a los hijos de la Iglesia militante de un arma eficaz: la omnipotencia suplicante nacida de la auténtica caridad fraterna.

En las actuales circunstancias, en las que las potencias del mundo habilitan sus arsenales atómicos y, de forma discreta, calientan los motores de misiles destructivos, es necesario que nos preparemos, recordando que nadie es más poderoso que

el Señor Dios de los ejércitos y aquellos que en Él confían. Si estamos unidos en las mismas intenciones, nuestra oración será invencible y entonces se cumplirá al pie de la letra el famoso adagio latino: *vis unita fortior*, la unión hace la fuerza.

II – BONDAD Y JUSTICIA SE BESAN

El papa Benedicto XV declaró algo muy osado acerca de la Santísima Virgen: «No dejamos de implorar la divina clemencia, tomando principalmente por patrona a la Virgen Madre, que, entre los muchos títulos gloriosos que con razón ha recibido, se cuenta el de omnipotencia suplicante».¹ Aunque pueda parecer exagerada o incluso fuera de propósito, la afirmación es de una idoneidad teológica impecable. El propio San Alfonso María de Liguorio así lo explica: «Debiendo tener, pues, la Madre el mismo poder que ejerce el Hijo, con razón Jesús, que es omnipotente, ha hecho omnipotente a María; siendo por lo mismo siempre cierto que el Hijo es omnipotente por naturaleza, y la Madre omnipotente por gracia; lo que se halla confirmado con lo que regularmente acontece, a saber, que cuando pide la Madre, el Hijo nada le niega».²

Además, el título de omnipotencia suplicante le corresponde a Nuestra Señora por su singular y profunda participación en la obra de la Redención cual Nueva Eva al lado del Nuevo Adán. Por consiguiente, su relación materna con el Hijo de Dios y su misión de Corredentora le dan el poder de ser siempre atendida en sus súplicas, como lo

El Señor les ofrece a los hijos de la Iglesia militante un arma eficaz: la omnipotencia de la oración nacida de la auténtica caridad fraterna

Las normas de la corrección fraterna instituidas por Jesús, el Príncipe de la paz, inauguraban una nueva sociedad, basada en un amor leal y franco

demuestra de modo fulgurante el episodio de las bodas de Caná (cf. Jn 2, 1-11).

Pues bien, todos los dones, prerrogativas y privilegios con que fue honrada la Virgen de las vírgenes se reflejan de alguna manera en la Santa Iglesia, constituida a su imagen. Y en el Evangelio de hoy Nuestro Señor nos lo enseña de forma incontestable, respecto a la omnipotencia de la oración.

El aceite de la bondad todo lo penetra

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:
^{15a} «Si tu hermano peca contra ti, repréndelo estando los dos a solas».

Muy acertadamente San Luis María Grignon de Montfort se dirige a Nuestro Señor Jesucristo como Sabiduría eterna y encarnada. En Persona, es «la sabiduría que viene de lo alto» descrita por el apóstol Santiago como «en primer lugar, intachable, y además es apacible, comprensiva, conciliadora, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sincera» (3, 17). Su modo divino de pensar y de actuar se caracteriza por una bondad luminosa, cuya única finalidad consiste en vencer al pecado y conducir a los hombres por las sendas de la verdad y de la belleza.

Así pues, las normas de la corrección fraterna instituidas por Jesús venían a aderezar con el aceite de la bondad la rigidez del mundo antiguo, favorecido por la ley del talión. La venganza y la justicia ciega constituían a menudo el surco por el que fluía el caudal de una ira mal controlada y frecuentemente brutal.



Francisco Lecaros

El profeta Natán le recrimina al rey David -
 Museo de Arte y Arqueología de Senlis (Francia)

El Príncipe de la paz inauguraba una nueva sociedad, basada en un amor leal y franco, nada fingido, y era necesario establecer la manera de resolver las disputas de carácter personal con un toque de suavidad antes inexistente. Llamar al hermano a solas y conversar sobre alguna falta cometida por él se volvía una ocasión propicia para, en un ambiente de cierta reserva, sellar con la reconciliación y el perdón los malentendidos mutuos.

El premio de la corrección fraterna

^{15b} «Si te hace caso, has salvado a tu hermano».

El premio de quien le ofrece al infractor la posibilidad de reconciliarse con su hermano en la discreta soledad de un coloquio a dos es retratado con particular brillantez por las Escrituras: «Hermanos míos, si alguno de vosotros se desvía de la verdad y otro lo convierte, sepa que quien convierte a un pecador de su extravío se salvará de la muerte y sepultará un sinfín de pecados» (Sant 5, 19-20).

Son legión, no obstante, los que viven en las antípodas de esta palabra. Cuántas veces, por una tolerancia mal entendida, los católicos de hoy se callan. Los padres titubean antes de corregir con firmeza y afecto a sus hijos, los profesores contemporizan hasta el infinito ante las actitudes rebeldes y caprichosas de sus alumnos, los gobernantes omiten cualquier censura a los pecados públicos y —¡oh, dolor!— los marcados con el carácter sacerdotal se dejan vencer por un miedo inexplicable, otorgando un consentimiento tácito, y a veces explícito, a los más depravados errores. ¿Así es como se obedece a ese mandamiento del Señor? ¿Qué explicaciones le darán al Juez supremo el día, entre todos terrible, del juicio?

El profeta Miqueas maldice enérgicamente a los maestros de Israel que, omitiendo la debida reprensión, conducen a quienes los escuchan por las tortuosas sendas de la perdición: «Esto dice el Señor contra los profetas que extravían a mi pueblo: “¿Tienen algo entre los dientes?, gritan paz; a quien no les pone algo en la boca, les declaran la guerra”.

Por eso, en vez de visión tendrán noche, en vez de presagio, oscuridad; se pondrá el sol para los profetas, se les oscurecerá el día. Se avergonzarán los videntes, los adivinos quedarán en ridículo, se taparán la cara todos ellos, pues Dios no les responde» (3, 5-7).

Sin embargo, sobre los profetas fieles vendrá el auxilio de lo alto, como el mismo Miqueas concluye en su discurso, afirmando con palabras de fuego: «Pero yo estoy lleno de fuerza —por el espíritu de Dios—, de derecho y coraje, para anunciar a Jacob su culpa, a Israel su pecado» (3, 8).

Un ejemplo cristalino de corrección fraterna lo encontramos en las palabras de execración y amenaza de Natán a David, reo de traición, homicidio y adulterio. Si no fuera por la valentía del profeta ante quien podría haberlo degollado en aquel instante, no existirían ni la compunción ni la penitencia admirables del gran rey, actitudes tan bien retratadas en el salmo 50 —el *Misere-re*—, escrito por él mismo.

La divina paciencia

¹⁶ «Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos».

En la ley del amor instituida por el divino Maestro, la paciencia con relación a los demás ocupa un lugar privilegiado. Basta recordar la incansable mansedumbre del Salvador ante los defectos de sus discípulos. Como enseñará San Pablo, en plena sintonía con el Evangelio, la caridad es paciente y no obra de manera temeraria o precipitada, ni se irrita o sospecha (cf. 1 Cor 13, 4-5). Por ello, la reprensión fraterna sigue un proceso bien definido, a fin de evitar que el amor sea lesionado, preservando, no obstante, la verdad por encima de todo.

Qué diferente sería la vida familiar, parroquial y diocesana si este recurso de la corrección fraterna fuera usado con más frecuencia. Cuántas críticas, disidencia y desórdenes se evitarían, por no hablar de los progresos que harían las almas así motivadas a buscar la perfección, superando los vicios y los defectos que, en un ingente número de casos, paralizan las mejores obras de apostolado.

El mal de la obstinación

¹⁷ «Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano».

La paciencia tiene un único límite: la obstinación. Cuando el corazón del hombre, endurecido por el orgullo, se petrifica en el error volviéndose incapaz de reconocer su propia falta, entonces la caridad queda libre. Ante el muro de acero le-



«San Pedro y el castigo de Simón el Mago», de Pedro Matés - Museo de Arte de Gerona (España)

vantado por el culpable, cesan las instancias del amor. La sentencia del Señor es inexorable: una especie de excomunión se abate sobre quien renuncia a abrirse a la verdad.

En nuestros días hay una ojeriza inexplicable por la santa firmeza manifestada en los Evangelios y destacada con especial fulgor en este versículo. El rigor, confundido a menudo con la rigidez, se convierte en un enemigo muy pernicioso. Sus detractores son los trovadores de una misericordia entendida no como el perdón superabundante de una grave transgresión, sino como la inocuidad del pecado. Estos cantores de la seudomisericordia, con inconfundibles acentos de blasfemia, insinúan e incluso atribuyen una especie de sórdido permisivismo al propio Dios, que es sumamente santo y justo. A ellos se aplican las severas palabras de San Pedro en su epístola:

«Habrá entre vosotros falsos maestros que pondrán herejías de perdición y, negando al Dueño que los adquirió, atraerán sobre sí una rápida perdición. Muchos seguirán su libertinaje y por causa de ellos se difamará el camino de la verdad. [...] Estos, como animales irracionales, destinados naturalmente a la caza y a la muerte, insultan lo que desconocen y perecerán como bestias, cobrando por ser injustos salario de iniquidad. Para ellos la felicidad consiste en el placer de cada día; son corruptos y viciosos que disfrutaban con sus engaños mientras banquetean con vosotros; tienen los ojos

Pero cuando el corazón del hombre, endurecido por el orgullo, se fija en el error volviéndose incapaz de reconocer su propia falta, entonces la caridad queda libre

Quienes,
unidos entre
sí y anhelando
las mismas
metas, rezan
de común
acuerdo por
determinada
intención,
poseen junto
al Señor una
audiencia
infalible

lentos de adulterio y son insaciables en el pecado; seducen a las personas débiles y tienen el corazón entrenado en la codicia, ¡Malditos sean! [...] Estos son fuentes sin agua y nubes impulsadas por el huracán, a los que aguarda la oscuridad de las tinieblas, pues expresando grandilocuencias sin sentido seducen con deseos carnales libertinos a quienes hace poco se han alejado de los que se mueven en el error. Les prometen libertad, pero ellos son esclavos de la corrupción» (2 Pe 2, 1-2.12-14.17-19).

¡Qué palabras en boca de un Papa!

La infalibilidad de la Iglesia

¹⁸ «En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en los Cielos».

Nos enseña el magisterio que la Iglesia en su conjunto, presidida por los pastores, es infalible. En materia de fe y de moral, esto ocurre gracias a una especie de sexto sentido sobrenatural llamado *sensus fidelium*, que dota a los fieles de una intuición inerrante con respecto a lo que debe creer. En efecto, el propio Señor prometió que el Espíritu Santo enviado por Él enseñaría toda la verdad a los discípulos (cf. Jn 16, 13), preservándolos así del error, motivo por el cual el Cuerpo Místico considerado como un todo jerárquico y compacto no puede equivocarse en lo referente a la custodia y a la interpretación de la Revelación.

Impresiona, sin embargo, que la decisión de relegar a un miembro de la comunidad obstinado en su pecado a la categoría de pagano o de pecador público se revista de tanta solemnidad. Si lo analizamos con detenimiento, percibiremos que la divina Sabiduría quiso dejar reglas de una bondad y de una justicia cristalinas: la misericordia sale al encuentro del pecador con la amonestación en privado, le sigue una confrontación pública en caso de necesidad y el proceso finaliza con una sentencia severa para quien rechaza las oportunidades ofrecidas.

Lo mismo sucede con la existencia de los hombres sobre la tierra. Mientras peregrinan en este mundo, pueden arrepentirse y cambiar de vida. Las solicitudes de la clemencia divina para ello son innumerables. Pero cuando se alcanza cierta medida, tiene lugar la justicia. Vemos así la profunda seriedad de nuestras vidas y la necesidad de ser humildes y amar la reprensión, a fin de ver abriéndose ante nosotros las puertas de la conversión y, al final del camino terrenal, las del propio Cielo.

La omnipotencia del verdadero amor fraterno

¹⁹ «Os digo, además, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los Cielos. ²⁰ Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

Este pasaje del Evangelio de San Mateo es de una belleza y de una fuerza sorprendentes. La alianza de Nuestro Señor con los suyos adquiere una solidez indestructible y en ella reside la inmortalidad de la Iglesia.

Primeramente, por la audiencia infalible concedida por Jesús a quienes, unidos entre sí y anhelando las mismas metas, rezan de común acuerdo por determinada intención. Estos serán siempre escuchados por el buen Padre del Cielo. ¿Puede existir mayor seguridad en la tierra? ¿Qué son los poderes destructivos de las bombas atómicas ante tal promesa? Si los católicos supieran usar esta arma espiritual con absoluta confianza, ¡cuántas batallas habría ganado la Santa Iglesia contra sus enemigos!

En segundo lugar, por el don de presencia del propio Jesús. En el Antiguo Testamento, Dios se manifestaba de manera sensible en ocasiones excepcionales y grandiosas. En lo alto de la montaña Moisés vio la gloria del Señor, la cual también fue contemplada en la dedicación del Templo de Salomón; en la Nueva Alianza basta que dos o tres se reúnan, unánimes, en su nombre para garantizarla. Tener al divino Maestro en medio de los fieles asegura igualmente su solidaridad con las súplicas presentadas al Padre, donde resulta la seguridad de encontrar una benevolencia inmutable. Ante tan deslumbrante revelación, bien podemos preguntarnos: ¿existe una religión o nación más poderosa que la Iglesia cuando reza de este modo?

III – VERDADERA OMNIPOTENCIA

La corrección fraterna es un remedio amargo, pero sumamente benéfico, que puede dar frutos excelentes para la salvación de las almas y, sobre todo, para la sólida constitución de la Iglesia. Sin ella, la caridad está expuesta a la erosión causada por las múltiples desavenencias que suelen aparecer en la convivencia humana. Recordemos, por ejemplo, la disputa entre las viudas griegas y las hebreas en la primera comunidad, que dio lugar a la institución del diaconado (cf. Hch 6, 1-6).

La finalidad de la corrección es, por tanto, establecer la concordia y la paz en la Iglesia. De este modo, sus miembros, unidos en torno al ideal de sus vidas, pueden gozar de la presencia del divino Maestro entre ellos y presentarles súplicas infalibles al Padre.

No obstante, uno puede preguntarse: ¿en qué consiste la unión entre los católicos? Ante todo, hace falta que se pongan de acuerdo en cuanto a la verdad que se ha de creer. La comunión de la fe es esencial para que exista una concordia plena; de lo contrario la Iglesia se fracturaría por sucesivas implosiones, como sucedió en el seno de la seudorreforma de Lutero. La declaración de la libre interpretación de la Biblia hecha por el herejarca fue la semilla de las más variadas y crueles divisiones, hasta el punto de que hoy prácticamente no existe conformidad doctrinaria entre las múltiples e incontables sectas protestantes.

Si la confesión de una misma fe constituye la base de la unión entre los católicos, de nada serviría si no estuviera animada por la caridad, es decir, por el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo en función de Él. Así pues, el celo por la casa del Señor, ideal supremo del Verbo Encarnado (cf. Jn 2, 17), es el vínculo de la perfección. Los fieles que lo aman con ardor se preocupan ante todo de su gloria. Aspiran a ver realizadas las peticiones formuladas en el padrenuestro en la línea de la instauración del Reino de Dios sobre la tierra, de

una sociedad a imagen del Cielo en la cual se haga la voluntad del Padre.

A los católicos les corresponde amar a su prójimo con el empeño y el espíritu de sacrificio del propio Señor: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13, 34). Tienen que estar dispuestos a dar su vida por la salvación de sus hermanos y, al mismo tiempo, a combatir con denuedo y tenacidad a los enemigos de la salvación.

Cuando se reúnen y con fe abrumadora le suplican al Padre la instauración del Reino de los Cielos, siempre son escuchados. Es hora de que los católicos fieles se congreguen en torno a los altares en los lugares más variados del mundo para que, seguros de estar presididos por el Hijo de Dios, supliquen con Él al Padre eterno que triunfe el bien y sea aplastado el mal. Por medio de María deben repetir los ruegos filiales presentados por Ella en su magnificat, a fin de que los soberbios sean derribados de su trono de humo y los humildes, enaltecidos.

Unidos así, los buenos participarán de la omnipotencia de la Trinidad y para ellos nada será imposible. ✧

¹ BENEDICTO XV. *Epistola Decessorem nostrum*, 19/4/1915: AAS 7 (1915), 202.

² SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Las Glorias de María*. 4.^a ed. Barcelona: Librería Religiosa, 1865, pp. 149-151.

La verdadera unión entre los católicos, fundada en la comunión de la fe y en el amor a Dios, les hará partícipes de la omnipotencia divina y pedirán a Dios la victoria del bien sobre el mal



«El Juicio final», de Fra Angélico - Galería Nacional de Arte Antiguo, Roma

Garantía de felicidad en la tierra

¿Una serie de prohibiciones provenientes de un Dios resentido por la desobediencia original? En realidad, el decálogo es algo muy diferente!



✠ Ángela María Tomé

En la literatura brasileña hay un poema —*Velho Tema I*, de Vicente de Carvalho— que habla de la búsqueda de la felicidad en esta vida. Después de considerar las abigarradas amarguras y fracasos que pueblan la existencia de todos los hombres, el poeta pon-

dera finalmente que la felicidad «no la alcanzamos / porque siempre está sólo donde la ponemos / y nunca la ponemos donde estamos nosotros».

Esta sabia consideración nos lleva a dirigir la mirada hacia las suaves recompensas que ofrece la vida y que no las aprovechamos cuando pasan por nuestras manos, envueltos tal vez en el torbellino de las preocupaciones mediocres.

Entre esos deleites puros que aparecen a lo largo de nuestro camino —y que tan a menudo despreciamos— están las impresiones primaverales que nos deja el contacto con las verdades sobrenaturales. No es raro encontrarse con gente que ante los diez mandamientos, por ejemplo, discernen en ellos el eco de la voz divina. Con el tiempo, la belleza de su formulación se hace explícita mediante la razón, paso seguido de la adhesión o del rechazo, obrado por la voluntad.

Rescatemos, pues, una de esas inocentes luces que quizá iluminaron nuestra infancia, a partir de consideraciones hechas por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira durante una conferencia para jóvenes discípulos.¹

Diez mandamientos, ¿para qué?

¿Cuál es el propósito de los diez mandamientos? ¿Los inventó Dios en el momento en que escribió las tablas de la ley y se las entregó a Moisés?

Claro que no. Antes de diseñarlas en las piedras del Sinaí, ya las había grabado en el corazón de Adán en la forma de la ley natural.² Por eso, aunque pasen millones de años y el progreso técnico-científico alcance niveles inimaginables, «las palabras majestuosamente sencillas del decálogo desafiarán, inmutables, todos los tiempos».³

Según se narra en el Génesis, Dios creó los cielos y la tierra con todo lo que hay en ellos. Dio a cada ser atributos que le permiten moverse de acuerdo con su propia naturaleza y entrar en una colaboración perfecta, de la que resulta el orden de la creación. Los animales, las plantas e incluso los cuerpos siderales, todos se mueven sin causarse daño entre sí, cumpliendo su finalidad.

En el paraíso, Adán era rey por naturaleza; debía actuar en consecuencia de esa responsabilidad y conforme a la condición de los seres gobernados por él, conocidos en profundidad. Al obrar de esta manera, ponía en marcha la inmensa perfección de toda la creación. Sin embargo, pecó, actuando no sólo contra la armonía existente en él y en los seres que lo rodeaban, sino, sobre todo, en desacuerdo con la naturaleza de Dios, de quien había recibido tantas pruebas de bondad.

El amor divino, no obstante, engendrará nuevas formas de atraer a la humanidad caída, dándoles los man-



Antes de entregarle las tablas de la ley a Moisés, Dios ya había grabado los mandamientos en el corazón del hombre

Moisés con las tablas de la ley – Hospital de la Misión Inglesa, Jerusalén

damientos, preceptos que el hombre ya conocía por su naturaleza, pero que para cumplirlos habría de luchar después de que el demonio sembrara en él la ley de la concupiscencia.⁴ Así, para reconducirlo al bien, el Creador le presentó por escrito las leyes ya impresas en su alma, las cuales también manifestaban la armonía del orden del universo y el plan divino para la creación.

Se puede ver, por tanto, que el magnífico conjunto de las leyes divinas no representa una serie de prohibiciones provenientes de un Dios resentido por la desobediencia original. En realidad, nace de su infinito amor por las criaturas y su práctica expresa la aceptación que el hombre da a esta suprema caridad.

Es propio del amor transformar al amante en el amado. Si amamos las cosas viles, nos transformamos en ellas; pero si amamos a Dios, nos hacemos divinos.⁵ El pecado, entonces, es un acto de rebelión contra el amor divino que desciende hasta nosotros, una violación del orden que éste establece. Y aquí se explica plenamente el porqué de los diez mandamientos: mantener la fidelidad del hombre al amor de Dios y a los designios que Él tenía cuando lo creó.

En lo alto del Sinaí, el Señor le entregó a Moisés dos tablas. En una estaban inscritos los tres primeros mandamientos, que son concernientes a Él; en la otra, aquellos que sirven para ordenar las relaciones humanas según sus designios.

El hombre ante lo divino

La creación misma, con sus múltiples perfecciones, nos revela quién es Dios: suma perfección, suma sabiduría, suma bondad, suma justicia, ¡supremo en todo! Ahora bien, siendo Dios quien es y siendo nosotros lo que somos, debemos amarlo sobre todas las cosas. Ahí está, pues, el primer mandamiento. Quien niega cualquiera de los mandamientos que le siguen, básicamente está negando



Siendo Dios quien es, debemos amarlo sobre todas las cosas, y de este mandamiento derivan los demás

Celebración de la santa misa - Iglesia de San Egidio, Oberdrees (Alemania)

este primero, porque todos son consecuencia suya.

Si realmente amamos a Dios, nunca pronunciaremos su santo Nombre en vano, porque, siendo Él tan supremo, hacerlo sin que haya razones a la altura ya es una falta de respeto hacia Él. Por lo tanto, nunca blasfemes, nunca mencionemos este santo Nombre en conversaciones ligeras, en burlas, en bromas.

Al hacer alusión a Dios, el precepto alude en cierto sentido a quienes tienen una relación particular con Él y, por eso, las cosas terrenales y celestiales muy sagradas tampoco deben ser nombradas en vano, porque participan de alguna manera de la dignidad divina. Ante todo, los Santísimos Nombres de Jesús y de María merecen todo respeto.

El Dr. Plinio toma tan en serio las consecuencias de este mandamiento que condena la costumbre, muy arraigada en nuestros días, de mencionar a

autoridades sin el adecuado pronombre de tratamiento, como, por ejemplo, referirse al sumo pontífice, a un cardenal, a un obispo o a un sacerdote sólo por su nombre civil. Extiende esta prerrogativa incluso a la familia: debido a la veneración especial que los hijos deben a sus padres, nunca deben llamarlos por su simple nombre, sino más bien padre y madre.

El tercer mandamiento nos dice que guardemos los domingos y fiestas de precepto. ¿Qué relación tiene esto con Dios? En esos días, Él como que les exige a los hombres un impuesto —no pensar en ganar dinero, no trabajar— que debe ser pagado en forma de... ¡descanso! Se trata de una manifestación de la bondad del Altísimo, que se inclina sobre cada uno de sus hijos, haciéndoles sentir que Él es Padre. Además, en estas ocasiones flota siempre en el ambiente una bendición, algo de festivo, de distendido, de clemente. Es la manera maravillosa que tiene Dios de recaudar un impuesto.

Patrón de todo poder que hay en la tierra

Honar al padre y a la madre es consecuencia del orden natural establecido por Dios. Nuestra alma ha sido creada directamente por el Altísimo y soplada en el cuerpo que generan nuestros padres; la acción principal es suya, pero nuestros padres, de algún modo, colaboran en esta obra creadora. Por lo tanto, si es cierto que no puedo ofender de manera alguna a Dios que es mi causa, por una razón menor, pero enteramente verdadera, no puedo ofender a mis padres que también me originaron.

El Dr. Plinio presenta una hermosa metáfora para ilustrar este mandamiento. Imaginemos que un hábil escultor talla en piedra una bella estatua, representando a un ser humano en su máxima perfección. Por un milagro, la estatua cobra vida y comienza a pensar, hablar, moverse y

actuar de forma independiente. Sin embargo, en un momento dado se rebela contra su escultor y lo abofetea. «¿Cómo?! ¿Una estatua, que he hecho yo, me da una bofetada?» La indignación del artista está justificada. Pues bien, con mucha más razón un hijo les debe su existencia a sus padres. Así se presenta el precepto: «Honrarás a tu padre y a tu madre».

Por otra parte, la patria potestad constituye un patrón de todos los poderes que existen en la tierra, en los cuales hay algo de paterno si son bien comprendidos y bien ejercidos. La honra que les debemos a los padres es, en consecuencia, similar a la que nos lleva a respetar a las autoridades.

Es natural que haya hombres que gobiernen a otros, pues, aun existiendo un grupo de personas imbuidas de excelentes cualidades y mucha buena voluntad, si no tienen quien las dirija, no podrán llevar a cabo una obra colectiva. Y como mandar es más que obedecer, el que manda debe ser respetado.

Sin embargo, si degradamos la autoridad divina negándole el amor que prescribe el primer mandamiento, ¿cómo puede permanecer intacta la autoridad humana? Imposible.

«Pediré cuentas de vuestra sangre...»

«No matarás» es el quinto mandamiento. ¿Qué implica este acto que, en sí mismo, provoca una repulsa en

el hombre? Ante todo, cuando alguien se quita la vida o la de otro, está violando el orden natural para el que fue creado. Además, cuando se habla de quitar la vida, hay una referencia implícita a la vida del cuerpo y a la del alma, que es lesionada a través del escándalo, lo que implica cualquier acto que pueda llevar a otros a pecar. «El que escandaliza se convierte en tentador de su prójimo. Atenta contra la virtud y el derecho; puede ocasionar a su hermano la muerte espiritual». ⁶ ¿Existe un mal peor que éste?

Entre los numerosos ejemplos de homicidio narrados en la Sagrada Escritura, se encuentra el asesinato de Abel, a manos de Caín. Dios mismo denuncia con horror la perversidad de este fratricidio: «¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde el suelo. Por eso te maldice ese suelo que ha abierto sus fauces para recibir de tus manos la sangre de tu hermano» (Gén 4, 10-11).

Se ve en estas palabras la intención divina de preservar la alianza con el hombre, entrelazándola con la protección contra la violencia asesina oriunda del pecado original. Este mandamiento prohíbe la práctica de la eutanasia, del suicidio, del homicidio y del aborto, preservando la dignidad humana.

El armonioso tesoro de la castidad

Los dos mandamientos que buscan ordenar la perpetuación de la especie

humana en la tierra y asegurar la estabilidad familiar son el sexto y el noveno: no pecar contra la castidad y no codiciar la mujer del prójimo. Lejos de ser instrumentos de coerción para los hombres, les ofrecen la posibilidad de llegar a ser semejantes a los ángeles, prescribiendo sabiamente la constitución familiar, las relaciones entre los cónyuges, la castidad nupcial y la castidad perfecta.

Ambos mandamientos son acordes a la dignidad original del hombre, porque lo previenen contra los efectos tempestuosos de los instintos y placeres carnales, garantizando al mismo tiempo el desarrollo de la familia de manera sana y pura. Están en consonancia con la armonía puesta por el Creador en su obra y quedaron aún más justificados cuando Nuestro Señor Jesucristo instituyó el sacramento del Matrimonio.

La razón del «no robarás»

Un simple silogismo demuestra la belleza del séptimo mandamiento: el hombre es dueño de sí mismo y, por tanto, es dueño de su capacidad de trabajar; si es dueño de su capacidad de trabajar, también es dueño del fruto de su trabajo. De modo que nadie tiene derecho a quitarle lo que ha obtenido con su esfuerzo. Por eso: ¡«No robarás»!

Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el séptimo mandamiento, con miras al bien común,

Fotos: Gyddany zc



De la práctica de los diez mandamientos depende no sólo la salvación del alma, sino la felicidad temporal de la humanidad

«exige el respeto del destino universal de los bienes y del derecho de propiedad privada. La vida cristiana se esfuerza por ordenar a Dios y a la caridad fraterna los bienes de este mundo».⁷ Nuevamente, esto es resultado del primer mandamiento, ya que la preocupación es dirigir los bienes al Creador y al prójimo, para que se logre la finalidad para la cual existen.

Una prohibición que fomenta la virtud opuesta

Se nos dio la voz para decir la verdad. He aquí la justificación del octavo mandamiento: «No darás falso testimonio». La mentira —es decir, hablar u obrar contra de la verdad— induce a error y ofende el vínculo fundamental del hombre y de su palabra con Dios.⁸ En sentido contrario, la verdad implica la alegría y el esplendor de la belleza espiritual, además de expresar racionalmente el conocimiento de la realidad creada e increada, necesidad fundamental del hombre dotado de inteligencia.

Los mandamientos que contienen una prohibición fomentan la práctica de la virtud opuesta al vicio que condenan. Así, prohibir la mentira es exaltar el testimonio de la verdad, cuya forma más radical se llama martirio, cuando se da en favor de la fe.

Además, ese precepto condena el falso testimonio, el perjurio, la falta de respeto a la reputación ajena en

forma de juicio imprudente, maledicencia o calumnia.

«No codiciarás los bienes ajenos»

Finalmente, el décimo mandamiento se centra en la intención del corazón y, junto con el noveno, resume todo el decálogo. Es decir, ni siquiera de pensamiento debemos desear un bien que le pertenece a otro y que no podemos adquirir. El hombre que practica plenamente este precepto se alegra de ver a otro cargado de bienes materiales o espirituales.

Este mandamiento condena la avaricia, la codicia, la envidia.

* * *

Esta sumaria meditación sobre las luminosas máximas divinas nos lleva a un movimiento de acción de gracias, porque revelan, sobre todo, el extremo cuidado de Dios por sus criaturas y nos hacen exclamar con el salmista: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?» (Sal 8, 5).

También se deduce que de la práctica de los diez mandamientos no depende sólo la salvación del alma, sino la felicidad temporal de la humanidad. O los hombres obedecen estas leyes divinas fundamentales o tendrán que resignarse a no disfrutar nunca de la tranquilidad, de la paz y de la alegría para las cuales fue creada su naturaleza. Por lo tanto, el cumplimiento del decálogo nos asegura el

equilibrio de la vida presente. Y aquí está todo el alcance de los diez mandamientos: incluso si no existieran otras leyes, con ellos la existencia en la tierra sería casi el Cielo.

Es la búsqueda de esa verdadera felicidad plasmada en el alma de Adán, perdida por el pecado original y ofrecida nuevamente al hombre mediante la práctica de la ley divina, la que libera al hombre del apego inmoderado a los bienes de este mundo, le garantiza una amena relación con sus semejantes y le conduce a la plena bienaventuranza en la visión beatífica de Dios. Encontrémosla, pues, y nos preservaremos de la lamentación del poeta: la felicidad «siempre está sólo donde la ponemos / y nunca la ponemos donde estamos nosotros». ✧

¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 17/3/1987.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Decem legis praecepta expositio*, prooemium.

³ TÓTH, Tihamér. *Os Dez Mandamentos*. 3.ª ed. Porto: Apostolado da Imprensa, 1966, p. 10.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., prooemium.

⁵ Cf. Ídem, ibidem.

⁶ CCE 2284.

⁷ CCE 2401.

⁸ Cf. CCE 2483.



Escenas que representan el tercer, cuarto, quinto y séptimo mandamientos - Iglesia de Santa María, Gdansk (Polonia)



Archivo particular

La bendición, perfume de Dios

Ciertas realidades sobrenaturales, como los efectos de una simple bendición, nos llevan a darnos cuenta de que hay un Dios comprometido en salvarnos, que ha puesto a nuestro alcance bienes espirituales inestimables, para unirnos más fácilmente a Él.

✠ Victor Hugo Morais



Antes de dedicarse a salvar a las almas, San Blas curaba los cuerpos: era médico. Y sucedió que una vez una mujer, en busca de socorro, acudió al obispo para que curara a su hijo pequeño, que se encontraba en peligro de morir por una espina de pescado atravesada en la garganta.

Debido a las circunstancias tan extremas, el santo acabó apelando no a la medicina, sino al poder de Dios: tomando dos velas, las cruzó sobre el cuello del niño y le dio su bendición. Inmediatamente, la espina saltó fuera y el muchacho se salvó. La iglesia, en memoria de este hecho, comenzó a bendecir las velas, y con éstas a los fieles, en la fiesta de San Blas, obispo y mártir, conmemorada el 3 de febrero, para preservarlos de los males de garganta.

Una realidad muy presente en nuestras vidas

Atengámonos al hecho mencionado: junto con el acto simbólico de unir las dos velas, San Blas le otorgó una bendición al niño necesitado. He aquí una realidad con la cual vivimos, quizá sin conocerla en profundidad: el valor de la bendición.

Se trata de algo corriente para los católicos: muchos piden que se ben-

digan sus objetos, su vehículo, su casa... Sin embargo, lo que se vuelve muy habitual en la vida del hombre tiende a perder valor a sus ojos con el paso del tiempo. Y en el caso de la bendición, puede ocurrir algo aún peor cuando a su verdadero concepto se le añaden ideas supersticiosas. De hecho, es común que el fiel se dé cuenta de la existencia de las realida-

des sobrenaturales, incluso sin tener una noción profunda de ellas.

Como explica Santo Tomás de Aquino,¹ existe una «luz» sobrenatural que, al incidir sobre nuestra razón, nos da un conocimiento superior, que supera nuestras capacidades intelectivas. Es la denominada luz de la fe—*lumen fidei*—, recibida en el Bautismo, que ilumina la inteligencia del hombre para que, de alguna manera, pueda vislumbrar aquello en lo que cree y así consentir en la verdad divina, rechazando lo que difiere de él, sin que le expliquen nada. Es esta luz la que permite al bautizado sondear el valor invisible y desconocido de una bendición.

No obstante, es tan grande la confusión de las mentes en la actualidad que se vuelve cada vez más común mezclar conocimientos auténticos con nociones erróneas sobre el tema. Un buen remedio para ello es conocer lo que enseña la Iglesia Católica al respecto.

La bendición en el Antiguo Testamento

«La bendición del padre afirma las casas de sus hijos; pero la maldición de la madre las arruina hasta los cimientos» (Eclo 3, 11). Los antiguos usaban estos términos con precisión y conocían bien su realidad, quizá



Dario Ialorenzi

La bendición de San Blas concedió la curación al niño necesitado, salvándole la vida

San Blas - Catedral de Salta (Argentina).
En lo alto, Mons. João S. Clá Dias
da una bendición, en 2005

por experiencia propia. Hasta llegar a nuestros días, el vocablo *bendición* fue enriqueciéndose de matices y significados —especialmente después de la venida de Nuestro Señor Jesucristo a la tierra y de la fundación de la Santa Iglesia—, pero sin perder sus atributos originales.

En el idioma hebreo, *bendición* deriva del sustantivo *berākā*, que básicamente significa *fuerza que obra la salvación*. De ahí el nombre de Baruc —*el bendito*—, profeta del Antiguo Testamento, discípulo y auxiliar de Jeremías en su misión entre los israelitas (cf. Jer 32, 12-13). Con todo, la mentalidad oriental, en su natural comprensión del valor simbólico de las cosas, discernía aún en ese término otras características.

Efectivamente, las ideas de *bienaventuranza* y *felicidad* estaban presentes en el acto de bendecir o recibir una bendición. De modo que, además de ser una fuente de fortaleza espiritual, los israelitas la veían como una señal de su destino, seguros de que tal privilegio no sería anulado, ya que provenía del Creador, que determina y dirige el futuro de los hombres: «Dios dijo a Balaán: “No vayas con ellos, ni maldigas a ese pueblo, porque es bendito”» (Núm 22, 12).²

Había igualmente un aspecto natural. Era el Señor quien hacía que los campos fueran fértiles, duradera la vida y productivo el trabajo, y eso constituía también una bendición: «Daréis culto al Señor vuestro Dios y Él bendecirá tu pan y tu agua. Y yo alejaré de ti las enfermedades» (Éx 23, 25).

Con la venida de Cristo, las bendiciones se enriquecen

Llegada la plenitud del tiempo, la bendición reservada a los elegidos del Antiguo Testamento fue concedida también al nuevo pueblo elegido, la Santa Iglesia Católica. Por su nacimiento, muerte y resurrección glorio-

sa, Nuestro Señor Jesucristo extendió a los gentiles la bendición de Abrahán, para que por la fe recibieran el Espíritu de la promesa (cf. Gál 3, 14).

La noción de bendición siguió vinculada a la protección divina, a la preservación del mal, al fortalecimiento y a la prosperidad, tanto física como espiritual. Sin embargo, esta realidad se enriqueció con la Encarnación del Verbo, ya que el mismo Hombredios dejó su bendición a aquellos que fueron las primeras piedras vivas de la Iglesia que Él fundó: «Los sacó



«La bendición del padre afirma las casas de sus hijos; pero la maldición de la madre las arruina hasta los cimientos»

«Isaac bendice a Jacob», de Bartolomé Esteban Murillo - Museo del Hermitage, San Petersburgo

hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el Cielo (Lc 24, 50-51).

Nuestro divino Fundador, ávido de nuestra santidad, nos hizo herederos de la bendición (cf. 1 Pe 3, 9) y nos dejó a la Iglesia como madre, dotándola de privilegios especiales en la distribución de sus riquezas (cf. Rom 15, 29), a través de los ministros consagrados. Así, aunque la bendición la pronuncien los hombres, en última instancia proviene de Dios.³

Curación de almas, curación de cuerpos

La Santa Iglesia vinculó a algunos objetos y gestos, acompañados de un movimiento de reverencia hacia Dios y las cosas divinas, el perdón de las faltas veniales y la obtención de beneficios espirituales. Son los sacramentos —que producen directamente la gracia—, nos preparan a recibirla.⁴ Entre ellos se encuentran la bendición sacerdotal, el uso de medallas y escapularios bendecidos y el simple acto de santiguarse con agua bendita.

Cabe recordar que el poder de la bendición y de los objetos bendecidos se extiende también a la sanación de los cuerpos. Ilustrémoslo con algunos ejemplos.

En cierta ocasión, una noble dama de Antioquía buscó a San Juan Crisóstomo para rogarle que curara a su hijo menor, gravemente enfermo. Entonces el santo siguió el camino que ella le había indicado y, llegando allí, bendijo al moribundo y lo aspergió con agua bendita. La gracia de la curación no se hizo esperar.

En otra circunstancia, en Italia, sucedió que una niña aquejada de paperas estaba enferma de muerte. No podía ingerir nada más que un poco de leche, y aun así con gran dificultad. A pesar de haber sido desahuciada por los médicos, su tío no dudó en pedir auxilio a un clérigo con fama de santidad que vivía en Padua, llamado Leopoldo. El sacerdote le entregó una manzana bendecida por él y le dijo que se la diera a la chiquilla. Al recibir la fruta, la muchacha se la comió con avidez y se recuperó enseguida.

La curación de las almas, sin embargo, suele ser más milagrosa e impresionante... En 1904 sucedió un hecho que prueba la existencia de una virtud especial en los objetos de piedad bendecidos.

Había en Lérida un chico de vida escandalosa, que ingresó en el hos-

pital tras haber recibido dos puñaladas. Pese a su grave estado de salud, blasfemaba y amenazaba con agredir a quienes intentaran hablarle de Dios. Este comportamiento le valió el apodo de «el demonio». Las monjas que lo cuidaban se daban cuenta de que las soluciones humanas estaban agotadas y apelaron a una «instancia superior», redoblaron sus oraciones por el desdichado y colocaron disimuladamente una medalla milagrosa bendecida debajo de su almohada. Poco después, «el demonio» pidió que un sacerdote lo confesara, mostrando un sincero arrepentimiento por sus faltas.

El privilegio de las indulgencias

Además de estos extraordinarios beneficios que las bendiciones pueden operar entre los hombres, muchas veces van acompañadas de indulgencias.

Éstas son la remisión, ante Dios, de la pena temporal adjunta a los pecados ya perdonados en términos de culpa, que el fiel debidamente dispuesto obtiene por medio de la Iglesia, la cual aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Nuestro Señor y de los santos. Y la indulgencia será parcial o plenaria según libere, en parte o en todo, de aquella pena.

Más que en otros casos, aquí se verifica que, cuanto más cerca de Dios esté el que bendice, más ricos serán los privilegios: «El fiel que emplea con devoción un objeto de piedad (crucifijo, cruz, rosario, escapulario o medalla), bendecido debidamente por cualquier sacerdote, gana una indulgencia parcial. Y si hubiese sido bendecido por el sumo pontífice o por cualquier obispo, el fiel, empleando devotamente dicho objeto, puede ganar también una indulgencia plenaria en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo,

añadiendo alguna fórmula legítima de profesión de fe».⁵

De esta forma, como exhalando un «perfume de Dios», los objetos benditos comienzan a difundir los beneficios divinos. Y hubo almas privilegiadas que pudieron «sentir» el suave aroma de este olor sobrenatural.

Almas que «sienten» lo sagrado

Procedente del griego, la palabra *hierognosis* significa *conocimiento de lo sagrado*. Así es llamado por la teología mística el don especial concedido por Dios a ciertas almas a lo



Los objetos bendecidos por un clérigo empiezan a difundir beneficios divinos

Un sacerdote bendice medallas y sal

largo de la historia que, de manera sensible, reconocían los objetos sagrados, diferenciándolos de los demás sin dudarlo.

Un ejemplo elocuente lo encontramos en la vida de la mística Luisa Lateau, nacida en Bois d'Haine, Bélgica, que sorprendió a eminentes médicos y teólogos. Al recibir objetos bendecidos, aunque estos no fueran precisamente sagrados o religiosos, sonreía con satisfacción, dispuesta a besarlos, mientras que, hacia los no bendecidos, era completamente insensible.

A tal punto llegó su discernimiento que cierta vez le presentaron a un sacerdote disfrazado, vestido de civil, con un crucifijo sin bendecir en sus

manos. El objeto no la impresionó en absoluto. Dándole la espalda, el sacerdote trazó la señal de la cruz sobre el mismo objeto. Al volverse nuevamente, de inmediato sonrió la mujer y dijo: «Ved qué realidad tan grande es la bendición sacerdotal, de que tan poco caso se hace...».⁶

Muy valiosos son los testimonios de estas almas, premiadas por la Providencia con tan elevado don, pues nos ayudan a reconocer el incomparable valor de las cosas sagradas. Y más: nos hacen darnos cuenta de que hay un Dios muy comprometido en salvarnos, que ha puesto a nuestro alcance, con inmensa dadivosidad, bienes espirituales inestimables, para que podamos unirnos a Él más fácilmente. De esta manera, al comprender el valor de una bendición, vemos con más profundidad el amor infinito que nuestro Padre celestial tiene por nosotros.

Nos queda, por tanto, implorar que Él derrame cada vez más sus bendiciones sobre la humanidad, y que éstas nos guíen y amparen durante nuestra peregrinación en este valle de lágrimas, colmándonos de riquezas sobrenaturales para la vida eterna. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 1, a. 4, ad 3.

² Cf. JANOWSKI, Bernd. «Bênção/Maldição. Antigo Testamento». In: BERLEJUNG, Angelika; FREVEL, Christian (Orgs.). *Dicionário de termos teológicos fundamentais do Antigo e do Novo Testamento*. São Paulo: Loyola, 2011, pp. 124-125.

³ Cf. SCHOLTISSEK, Klaus. «Bênção/Maldição. Novo Testamento». In: BERLEJUNG; FREVEL, op. cit., p. 125.

⁴ CCE 1670.

⁵ SAN PABLO VI. *Indulgentiarum doctrina*, norma 17.

⁶ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 6.ª ed. Madrid: BAC, 1988, p. 921.

Educación digital, camino de la Edad de Piedra



Andi Graf (CCO)

Las nuevas generaciones van tomando contacto cada vez más temprano con una realidad omnipresente en nuestra vida cotidiana: la cibernética. ¿Acaso nuestros pequeños corren algún peligro? Estudios realizados por un famoso neurólogo revelan unos datos perturbadores.



✎ Gustavo Balieiro Calvo

Entre las innumerables consecuencias que puede tener el manejo de elementos peligrosos, existe un fenómeno particular que causa miedo con la sola mención de su nombre: la radiación.

Sin embargo, la sociedad no siempre la ha visto como algo malo.

Un nuevo descubrimiento: el radio

En las primeras décadas del siglo xx, la mayoría de la gente ignoraba lo que, poco a poco, iba desvelando la ciencia. La científica Marie Curie fue pionera en el desarrollo de las investigaciones sobre los rayos X, iniciadas en 1895 por Wilhelm Röntgen. Mientras estudiaba el uranio, descubrió y les dio nombre a tres nuevos elementos químicos: el torio, el polonio y el radio, de donde proviene la palabra radiación.¹

Junto con su esposo, Pierre, Marie notó algo que, en su opinión, podría revolucionar la historia de la medicina: el radio fosforescente eliminaba las células humanas enfermas antes que las células sanas. La ciencia de la época, asombrada ante este prodigio, empezó a pregonar a voces los beneficios de la radiación. A tal punto llegó la fama del radio que una gran auto-

ridad médica escribió en el *American Journal of Clinical Medicine*: «La radiactividad previene la insania, despierta emociones nobles, retarda la vejez y crea una vida espléndida, jovial y alegre».² No pasó mucho tiempo antes de que se lanzaran cosméticos que contenían radio y prometían rejuvenecer la piel y los dientes.

No había un consumidor inmune al deseo de tener productos con algo de esa panacea. Enseguida hubo una «explosión» de novedades en el género: chocalatinas, panes, lanas, jabones, colirios, manecillas y esferas de relojes, esmalte de uñas, paneles de instrumentos militares, miras de armas e incluso en areneros para niños y juguetes pintados a mano en fábricas por chicas que trabajaban para la United States Radium Corporation. Ignorantes del peligro que corrían, las empleadas humedecían la punta del pincel con la lengua para mantener las cerdas unidas durante el trabajo más minucioso... Con el paso de los años, sus dientes y cráneos empezaron a desintegrarse.

Los años siguientes trajeron una gran desilusión en cuanto a las bondades de aquel nuevo elemento «prodigioso». El radio es 2,7 millones de veces más radiactivo que el uranio,

cuyo uso en centrales nucleares es bastante común. Muchas fueron las consecuencias del uso irresponsable de lo que algunos imaginaban como la solución a todos los problemas. Su descubrimiento aportó muchos beneficios a la medicina y al progreso de la energía nuclear, pero provocó daños irreparables a corto y largo plazo por su inadecuado uso doméstico.

Cibernética: ¿el «radio» de los tiempos actuales?

El hombre moderno ha ido tomando contacto con un nuevo «radio» que está modificando sustancialmente su existencia: la cibernética. Cada día son desarrolladas nuevas herramientas, creados nuevos sistemas, inventados nuevos aparatos o mejorados los antiguos para que sean más eficaces y rápidos, diseñados nuevos equipos para salvar vidas y solucionar problemas clínicos que antes se consideraban insolubles. Con los avances digitales, el tiempo y el espacio son barreras que parecen estar siendo superadas.

Por una parte, el uso de tales equipos le ha traído enormes beneficios a la sociedad. El mundo ya no se concibe sin ellos. Por otra parte, sin embargo, recientes estudios prueban que cier-



Importantes actividades para el desarrollo de conceptos básicos en los niños están siendo reemplazadas por entretenimientos en dispositivos digitales

Unos niños juegan con bloques de construcción

tos dispositivos pueden convertirse en auténticos caballos de Troya cuando cruzan, de forma inadecuada, los sagrados pórticos de la vida familiar.

La familia, como defiende la sana sociología, es la célula madre de la sociedad. Todo orden o desorden tiene sus raíces en la constitución familiar de los individuos que la componen. Al evaluar los daños que la cibernética puede causar en la educación infantil cuando se utiliza mal, constatamos que nos encontramos ante una peligrosísima amenaza de alcance global.

El reconocido neurocientífico francés Michel Desmurget, en su libro de título mordaz, *La fábrica de cretinos digitales*,³ expone tesis que tienen como objetivo demostrar la nocividad del uso de las pantallas por parte de niños y adolescentes. Son el resultado de una extensa investigación basada en análisis neurocientíficos y estadísticas psicopedagógicas.

Los primeros años de vida: fundamentos de la formación

Según Desmurget, los primeros años de formación humana son esenciales para la obtención de una serie de habilidades que se vuelven cada vez más difíciles con el paso de los años. Lenguaje, coordinación motriz,

prerrequisitos matemáticos y hábitos sociales son preciosas perlas que han de adquirirse en la infancia. La mayor parte del tiempo de un niño debe emplearse, por lo tanto, en la adquisición de aquellas habilidades que inevitablemente influirán en su futuro.

Cuando un pequeño selecciona unos cubos según su color, construye edificios con piezas de diferentes formas, separa muñecos según su tamaño o moldea con plastilina, está desarrollando conceptos básicos como los de identidad y conservación, y habilidades esenciales. Sin embargo, tanto las actividades antes mencionadas como otras muchas que siempre han formado parte de la educación infantil básica están siendo sustituidas por el entretenimiento con dispositivos digitales.

De los 2 a los 8 años: índices preocupantes

Las estadísticas muestran preocupantes promedios de «consumo digital». El uso de pantallas recreativas por parte de los niños de entre 2 y 4 años alcanza una impresionante media de dos horas y cuarenta y cinco minutos al día, equivalente a la cuarta parte de la vigilia diaria en esa edad. Evidentemente, el promedio sube con el crecimiento de la persona: hasta los

8 años alcanzará tres horas diarias. En un año, tendremos un total de mil horas. Esto significa que, según los estándares ordinarios, un niño de entre 2 y 8 años dedica a la pantalla en torno a siete años académicos completos. ¡Cuatrocientos sesenta días! Este tiempo sería suficiente, por ejemplo, para que un niño de esa edad se convierta en un hábil violinista.

Durante el período preadolescente —entre los 9 y 12 años— las cifras se disparan: las tres horas dedicadas a la pantalla se sustituyen por cuatro horas y cuarenta y cinco minutos en la mayoría de los casos. En estos cuatro años podrían completar dos años escolares, contando sólo el tiempo «aprovechado» frente a los dispositivos digitales.

De los 13 a los 18 años: cifras vertiginosas

Como es de esperar, los números crecen vertiginosamente en la adolescencia, con la introducción de los teléfonos inteligentes en la vida cotidiana de la mayoría de los jóvenes de esta edad.

Los gráficos estadísticos se vuelven realmente angulosos cuando se hallan ante las seis horas y cuarenta minutos de uso diario de las pantallas. No hace falta decir lo absurdo que es este número. Equivale al 40% del período de vigilia común en un adolescente y, acumulado en un solo año, suma 2.400 horas, 100 días, tres años lectivos.

Existe una gran variación en cuanto al tipo de entretenimiento elegido: redes sociales, programas de televisión, juegos digitales, navegación por internet. Algunos prefieren pasar todo el tiempo absorto delante del televisor, a otros les gusta alternar entre diferentes formas de pasatiempo digital.

Pantallas versus desarrollo escolar

Ninguna de estas estadísticas tendría tanta relevancia si no fuera demostrada la gravedad de su impacto en la formación intelectual de los jóvenes.

Según varios estudios científicos sobre los inconvenientes del uso de las pantallas, la cantidad de tiempo que se pasa ante ellas afecta proporcionalmente el rendimiento escolar. En sentido contrario, investigaciones muestran que la restricción a favor de prácticas educativas saludables es una característica común entre las familias cuyos hijos tienen altos índices académicos.

Por ejemplo, un estudio con unas mil personas, a las que se les hizo un seguimiento durante veinte años, muestra que cada hora añadida al consumo diario de televisión, entre los 5 y 15 años, se reduce un 15% la posibilidad de que el joven obtenga un diploma universitario; y el riesgo de que abandone el sistema educativo sin ninguna cualificación aumenta un tercio. Esto quiere decir que si una persona en esa franja de edad dedica tres horas al día a las pantallas recreativas, tendrá casi la mitad de las probabilidades de llegar a concluir los estudios universitarios en comparación con alguien cuyo uso de dispositivos digitales sea moderado.

Evidentemente, estos datos estadísticos no excluyen el hecho de que existan alumnos con un elevado índice de exposición a las pantallas y un rendimiento escolar satisfactorio. Aún así, es innegable que esto último podría ser mucho mejor si se evitara el uso innecesario de los dispositivos.

¿Los juegos digitales desarrollan la atención?

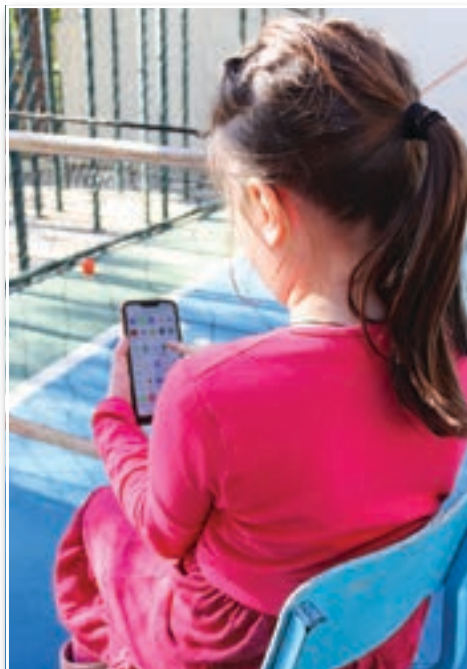
Otra facultad que ha ido atrofiándose gradualmente en la juventud es la capacidad de concentración.

Para Michel Desmurget, la palabra concentración reúne dos conceptos distintos. Hay muchos juegos virtuales que requieren una atención *difusa*, externamente estimulada y ampliamente abierta a las efervescencias del mundo. Otras prácticas, como la lectura de un

libro, la redacción de un documento de síntesis o la resolución de un problema matemático precisan una atención «centrada», poco permeable al ambiente exterior y a los pensamientos ajenos al asunto tratado. La mayoría de los estudios sobre el tema coinciden en afirmar que las prácticas digitales son perjudiciales para el desarrollo de la atención centrada de un niño.

Otra investigación realizada a largo plazo concluyó que cada hora diaria que pasa frente a una pantalla un niño que cursa las primeras etapas de la enseñanza primaria aumenta en un 50% la probabilidad de presentar déficit de atención antes de finalizar ese mismo ciclo.

Otra pesquisa más llevada a cabo con niños de 5 años llegó a la conclusión de que los que pasaban más de dos horas diarias delante de la pantalla tenían, en relación con los que no superaban los treinta minutos, seis veces más riesgo de desarrollar trastornos de atención.



Los daños causados por el mal uso de las pantallas afectan especialmente a quienes conformarán el mundo del mañana

Una niña se entretiene con un «smartphone»

Contra hechos no hay argumentos

Todos estos datos muestran la existencia de un daño real en el uso inadecuado de los medios de comunicación desarrollados en nuestra era. Las consecuencias son más preocupantes cuanto más afectan a la formación de quienes constituirán el mundo del mañana.

Sin embargo, no podemos olvidar —y esto es más importante que todo lo dicho anteriormente— que el daño a menudo trasciende el campo intelectual y alcanza el campo de la moral y de la fe. Junto a beneficios y facilidades, ¡cuántos inconvenientes surgen del mal uso de internet, por ejemplo! Contenidos violentos o indecentes, recreaciones y pasatiempos deformantes y ajenos a la virtud y a la religión... Exponer a los pequeños a ese material «radiactivo» no parece ser la mejor actitud a adoptar por parte de quienes los quieren.

Como otrora sucedió con el radio, muchos abrazan hoy el uso descontrolado de los dispositivos electrónicos sin considerar sus consecuencias. Pero hay una diferencia. Los que se expusieron a la radiactividad en el siglo pasado lo hicieron por ignorancia. Y nosotros, ¿actuaremos por negligencia? ✧

¹ Los datos sobre el descubrimiento del radio y sus efectos se han tomado de la obra: LEATHERBARROW, Andrew. *Chernobyl 01:23:40*. Porto Alegre: L&PM, 2019.

² NETTLE, Daniel. Language: Costs and Benefits of a Specialized System for Social Information Transmission. In: WELLS, Jonathan CK; STRICKLAND, Simon; LALAND, Kevin. *Social Information Transmission and Human Biology*. Boca Raton: Taylor & Francis, 2006, p. 150.

³ DESMURGET, Michel. *La fábrica de cretinos digitales. Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*. Barcelona: Península, 2020.

El mal del avestruz

Bien sentencia el proverbio chino que «el que teme sufrir ya sufre el temor». Como no es posible, por tanto, escapar del sufrimiento, se aplica la táctica del avestruz, que prefiere cerrar los ojos a la realidad.



✠ Ángel Francisco Neto Martins

Nunca he visto la escena, pero me han hablado de una táctica del avestruz. Al notar la presencia de un depredador, el ave, que parece haberse escapado del Jurásico, centra toda su defensa no en huir, sino en esconderse. ¿Cómo ocultar tan corpulento tamaño? «Fácil —cavila el avestruz—, basta introducir la cabeza en el suelo; dejo de ver a mi depredador y, ciertamente, tampoco él me verá».

Es un procedimiento milenario, con un número de fracasos quizá mayor que el número de años que posee y, no obstante, hay gente que una y otra vez lo utiliza y se convence de que está en lo cierto. Digo gente porque no sólo el avestruz lo usa. Entre los hombres esta estrategia fue galar donada con dos nombres: optimismo y pesimismo.

Engaño y cobardía

No sé cómo el optimismo ha sobrevivido en esta tierra nuestra. Y no lo digo solamente por el hecho de que en el mundo todas las cosas óptimas —que son, en principio, objeto de esperanza— están siendo perseguidas y extinguidas; ni siquiera porque parece un acontecimiento infrecuente —por

lo menos para mí— la ocasión en la que todo sale bien. Asevero que no sé cómo sobrevive el optimismo simplemente debido a que es un engaño.

Lo mismo ocurre con el pesimismo. A simple vista, superficialmente, se puede conjeturar que la posición adoptada por sus adeptos de cara al futuro, de las personas, de los consejos, de la vida, de todo, en fin, es una madura prudencia. Estaría de acuerdo con la suposición, si en esas desconfianzas hubiera un fiel de la balanza realmente justo. Pero si la precaución causada por el análisis pesimista degenera en una premisa que *a priori* rechaza toda probabilidad de éxito, evidentemente también se vuelve imposible cualquier iniciativa. Y en mi idioma eso se llama cobardía. Después de todo, como bien lo recordó Ernest Hello, «el hombre que se rinde no puede hacer nada y todo lo impide. El hombre que no se rinde mueve montañas. ¿Qué hombre tiene derecho a pronunciar la palabra imposible, ya que Dios ha prometido estar ahí y ayudarlo?».¹

Sofismas que explican, pero que no justifican

Sin embargo, cada cual tiene sus razones para creer en la

mentira que se cuenta a sí mismo. De hecho, San Agustín afirma que «de tal modo se ama la verdad, que quienes aman otra cosa que ella quisieran que esto que aman fuese la verdad. Y como no quieren ser engañados, tampoco quieren ser convictos de error».² Entonces, ¿en qué cree el «avestruz»?

La experiencia nos muestra que los acontecimientos tienen la inveterada costumbre de torcerse. Con base en esta constatación se crearon las famosas leyes de Murphy: no hay nada tan malo que no pueda empeorar; la probabilidad de que se ensucie la alfombra es directamente proporcional a su calidad; el color del semáforo depende de la prisa que el conductor tiene, verde en un viaje tranquilo y rojo en caso de atraso.

Ahora bien, dígase sólo de paso, estas conclusiones resultan de lo que en lógica se llama dialéctica de enumeración insuficiente o, dependiendo

Záiron (CC by-sa 4.0)

Muchas personas adoptan la misma estrategia del avestruz ante la perspectiva del sufrimiento

Avestruz en el Parque Nacional Namib-Naukluft, Namibia



un poco de la modalidad, de accidente convertido. Son el fruto de observaciones precipitadas: sólo percibimos que el semáforo está en rojo cuando tenemos prisa...

Detrás de todo esto, la verdadera conclusión es que el sufrimiento forma parte de esta vida, y los esfuerzos emprendidos por uno para huir de él son inútiles. Bien sentencia el proverbio chino: «El que teme sufrir ya sufre el temor». O como afirmó en cierta ocasión el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira: «La vida más sufrida es la de quien huye del sufrimiento». Así pues, no siendo posible la huida, se aplica la táctica del avestruz, que prefiere cerrar los ojos a la realidad.

En el caso del optimista, el método es pensar que las adversidades no existen o que se superan muy fácilmente: a fuerza de ignorarlas, quizá algún día desaparezcan. El pesimista no se engaña tan flagrantemente; constata, eso sí, la imposibilidad de huir de las cruces. Pero su error consiste en tomarlas como un mal insuperable, que un «verdugo» omnipotente llamado Creador impuso para amargarnos la vida. Olvida que la cruz es una prueba del amor de la Providencia y que «a los que aman a Dios todo», ¡todo!, «les sirve para el bien» (Rom 8, 28).

En el fondo, el problema que lleva a ambos extremos es sólo uno: preocuparse excesivamente consigo mismo, sus problemas, su bienestar. En otras palabras, egoísmo.

Consultando a la maestra de la vida

Estas dos mentiras del egoísmo, que en los pequeños movimientos del día a día pueden incluso asumir aires pintorescos, son en realidad peligrosísimas, sobre todo cuando se trasladan a la gran escala de los acontecimientos mundiales. Prueba de ello es nuestra querida historia, que Cicerón tituló *magistra vitae* —maestra de la vida—, con un ejemplo extraído de una de sus



Reproducción

El equilibrio frente a la adversidad radica en la práctica de la virtud y en el amor a la verdad

Alegoría de las virtudes de la fortaleza y de la justicia - Biblioteca Británica, Londres

páginas más consultadas: el preludio de la Segunda Guerra Mundial.

Es el año 1938. Hitler, secundado por Mussolini, se propone invadir territorio checo. Obligadas por un antiguo pacto con la entonces Checoslovaquia, Francia e Inglaterra decidieron apoyar a la aliada amenazada. La guerra mundial es inminente. El Führer les promete a los primeros ministros de ambas naciones aliadas, Daladier y Chamberlain, que no invadiría Polonia si aceptaban la anexión de los Sudetes al Reich. Iludidos, por una parte, de que el nazi honraría su palabra, atemorizados, por otra, ante el poderío bélico alemán, los *premiers* de Francia e Inglaterra firmaron el acuerdo.

Ya sea por optimismo o por pesimismo, Chamberlain y Daladier actuaron como verdaderos avestruces: para salvar su propio pellejo, capitularon, negándose a socorrer a un país libre, amigo y, sobre todo, necesitado. ¿Cuál fue el resultado?

Cuando Churchill, el viejo zorro —pues ya había cruzado el umbral de la vejez al comenzar la gran odisea de su vida—, se enteró de lo ocurrido, opinó sentencioso: «Os dieron a elegir entre el deshonor y la guerra. Elegisteis el deshonor y ahora tendréis la guerra».

De hecho, meses después los alemanes avanzaron sobre el resto de Checoslovaquia y, posteriormente, invadieron Polonia, iniciándose la guerra...

Finalmente, la solución

Querido lector, perfilado el mal, presentamos la curación, que es muy sencilla: contra el desequilibrio, el equilibrio.

¿Cuál es el punto de equilibrio en la estructura moral del hombre? No es uno, son cuatro y reciben el nombre de las virtudes cardinales. *Templanza*: se verifica en quien analiza sin excitación la realidad y, en consecuencia, la ve tal y como es. *Fortaleza*: hace enfrentar las circunstancias constatadas. *Prudencia*: dicta las normas para actuar según la razón y los hechos. *Justicia*: defiende la verdad, no se miente a sí mismo ni a los demás, pues les da a las cosas su debido valor. Resumámoslo un poco: la solución es la práctica de la virtud y el amor a la verdad, es decir, a Dios. ✧

¹ HELLO, Ernest. *L'homme: la vie, la science, l'art*. Paris: Perrin et C^e, 1894, p. 258.

² SAN AGUSTÍN. «Las Confesiones». L. X, c. 23, n.º 34. In: *Obras*: Madrid: BAC, 1979, p. 297.

Campanarios de la Tradición

Ser un eco fidelísimo de la Santa Iglesia, he ahí el deseo que orientó la existencia del Dr. Plinio, como lo demuestran las palabras que dirigió a los jóvenes que partían hacia la incierta lucha de la perseverancia, después de días de bendita convivencia.



✠ Plinio Corrêa de Oliveira

Después de días de intensa convivencia, que al principio se presentaban como una incógnita ardua de superar, pero que a lo largo de los cuales vuestras almas se fueron iluminando con luces nuevas, con armonías nuevas, con verdades nuevas y con el fuego de resoluciones nuevas, llega el momento de la separación. Cruel momento de dilaceración, no por un sentimentalismo estúpido, a causa de amistades que se alejan geográficamente, sino debido a una gran incógni-

ta que pesa al final de esta separación: la incógnita de la perseverancia.

Lucha épica por la perseverancia

Vais como ovejas en medio de lobos a anunciar la verdad y predicar el bien, por vuestro ejemplo, por vuestra palabra y abnegación, a combatir a todo un mundo que se ha entregado al mal, al error, a la extravagancia y a la depravación. El impacto será tremendo, la prueba será dura. Ésta os asaltarán. Es épica la lucha que tenéis ante vosotros.

Por eso, muchos de vosotros sentís en este instante una angustia, la cual llega a presionaros el corazón. Esta angustia no sólo es vuestra, también es nuestra, pues nos preocupamos por vosotros. Y al ver vuestros pasos, que mañana mismo empezarán a distanciarse a lo largo de tan diversas verdades, nos preguntamos: «Señora, ¿perseverarán?».

La respuesta que nacerá del fondo de este interrogante formulado por la angustia no es la réplica de la aflicción, sino la respuesta de la confianza, de la oración ya mil veces atendida.

La Santísima Virgen no abandona a quienes se aíslan y caminan a lo largo

de las veredas sin la estrecha protección de la presencia de los que aquí habitan. Por quienes marchan por orden, por misión, a la llamada de Ella, más de lo que podríamos hacer nosotros lo hace su mirada sapiencial e inmaculada, la cual se detiene en cada uno, en cada momento de su existencia.

Su sonrisa, su gracia y su fuerza os protegerá, os hablará en lo íntimo del alma, os hablará por la voz de un amigo, de un compañero, de un buen ejemplo que recibáis. Así, pues, id e id animados, decididos, pensando en la belleza de vuestra vocación.

¿Cuál es la belleza de esta vocación?

En medio de la oscuridad, algunos campanarios aún resuenan. Se conocen, se articulan, se unen; empieza la lucha por la reconquista

Campanario del Palazzo Vecchio - Florencia (Italia)

Campanarios en medio de la desolación

Imaginad una ciudad completamente entregada al desorden y al caos. Una ciudad cuyo ruido confuso da lugar a cacofonías de todo tipo. Una ciudad en cuyas cacofonías rugen la blasfemia y la inmoralidad.

Imaginad, esparcidas por esta ciudad, las campanas de centenares de iglesias que tocan, implorándole a Dios misericordia y justicia, rogándole al Altísimo que, por el perdón o por la fuerza, detenga de inmediato tantas abominaciones a fin de salvar a las almas que se pierden.

Imaginad estas campanas que tañen —tocadas por manos fieles— y cuyos timbres se elevan por el aire, intentando sofocar la blasfemia cacofonía de la ciudad. Es un rumor de voces, es un conflicto de sonidos, es la armonía sacral de las campanadas que protestan y que descienden de lo alto, tratando de ahogar los espurios ruidos que suben de la tierra.

En el transcurso de esta lucha, van envejeciendo los primeros batalladores, van muriendo. Otros no mueren ni envejecen, sino que van tocando las campanas con una mano más cansada; el desánimo los ataca. Otros, finalmente, acaban seducidos por el vocerío de la tierra, abandonan las campanas, prevarican de su misión y bajan de las sagradas torres de la fidelidad a los pantanos, a las calles llenas de inmoralidad y blasfemia.

Aún suenan unas pocas campanas, que perseveran en medio del ruido de la ciudad. Perseveran en todos los sentidos, perseveran en todas las maneras, perseveran contra toda esperanza. ¡Continúan obstinadamente tocando!

Dotadas de sonoridad sobrenatural, las campanas encuentran eco

En lo más alto de los Cielos está Nuestra Señora, Reina de todo el uni-



Campana de la iglesia del Santísimo Sacramento, Salvador de Bahía (Brasil)

El grito de las almas fieles es como el sonido de campanas que se yerguen contra la cacofonía del desorden, del pecado y de la rebelión contra Dios

verso, que oye, juzga y reza. Omnipotencia suplicante, acompaña paso a paso los acontecimientos terrenos.

En medio del clamor general, de los bramidos de angustia que salen del pecado, de los gritos de rebelión que nacen de la lujuria, del egoísmo y del orgullo, la Virgen dota a esas campanas una sonoridad sobrenatural. Entonces comienzan a encontrar eco.

Surge aquí y allá, diseminada por la ciudad sublevada, alguna que otra voz impresionada que dice: «¡Este alboroto no puede continuar! Hay una campana que me está invitando a algo

distinto de esta cacofonía. Me entregaré a la voz de esa campana. En medio de la confusión la buscaré, me pondré junto a ella, ahí encontraré un camino para mí. ¡Hombres, venid y seguidme!».

Y de aquí, de allá, de acullá, emergen pequeños núcleos en la oscuridad y en la vastedad de la catástrofe, que se juntan, se conocen, se articulan, se unen, llegan a la parte de la ciudad donde algunos campanarios aún resuenan y allí se congregan y empiezan la lucha de la reconquista.

A continuación, inician el trabajo contra toda especie de desorden. Empuñan la espada de la palabra que, según San Pablo (cf. Heb 4, 12), es tan tremenda, tan admirable, tan eficiente que logra algo de mucho más grande que destruir millones de cuerpos. Esta espada llega a esa región misteriosa y profunda donde todo se gobierna, donde se deciden los destinos de la historia, región denominada por el Apóstol de las gentes de junción entre el alma y el espíritu.

Las campanadas comienzan a penetrar en las almas. Producen movimientos de indignación, de cristalización; llevan detrás suyo, en protesta contra la algarabía, contra el caos y contra la corrupción, multitudes que antes no hacían nada. Unos dormían, otros lloraban, pocos rezaban, nadie actuaba. Pero, conectados entre sí, he aquí que empiezan a luchar, a reaccionar. La Virgen Santísima reúne así su primer ejército.

En cierto momento, cuando todavía suenan las últimas campanas, aún perseveran, pero su número se vuelve tan pequeño que casi nadie más los oye en medio de la confusión general, el mal trata entonces de sofocar ese ejército, intenta borrar el sonido de esas últimas campanas. En ese instante, Nuestra Señora, desde lo más alto de los Cielos, baja con sus ángeles. Interviene, disipa a los malos e instauro su gloria.

Eco que prolonga el pasado y hace resonar el timbre del futuro

Cuando la gloria del Reino de la Santísima Virgen comienza a brillar entre los hombres, la misma campana está tocando. Es la campana de la reacción. Trae el timbre de los broncees tañidos en las pretéritas épocas de gloria y de paz, como eco fidelísimo de las voces anteriores. Es la campana de la Tradición que, en la aurora del Reino de María, toca el sonido de todos los tiempos, el sonido de todas las lecciones de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, no sólo prolongando el pasado, sino haciendo sonar el timbre del más radioso y más bello futuro.

Nuestra Señora espera, para intervenir, ese momento de conjunción en que todo parece perdido y desea que todo se salve. Ése es el momento exacto que tenemos ante nosotros.

El ejemplo cotidiano nos lo demuestra, en el contacto no sólo con los que nos son cercanos, sino también con los que nos son distantes: de aquí, de allá y de acullá, en medio del caos generalizado, vemos a personas que se aproximan y se juntan. Se realiza lo imposible: auditorios como éste se llenan, y se llenan de jóvenes que la Revolución, desde hace siglos, viene preparando para que de ella sean sus víctimas.

¿Cómo explicar este hecho a no ser por una acción sobrenatural, por una gracia especial de la Virgen, por una misión impar en el mundo inquieto de hoy?

«¡La gracia no os faltará!»

En vuestros estados, en vuestras ciudades, en vuestros países, seréis otras tantas campanas de la Tradición sonando. A vuestro alrededor, en los ambientes que frecuentáis, la fuerza galvanizadora de este llamamiento de Nuestra Señora se hará sentir.

No faltará la carga del demonio. La oposición del espíritu de las tinieblas, que se ha manifestado entre susurros, las calumnias contra voso-

tros utilizadas de cualquier manera se multiplicarán. Llegará el día en que esto no bastará, querrán vuestra carne, vuestra sangre y vuestra vida.

Pero vosotros sois el campanario que resuena en la oscuridad y en la cacofonía, que resuena en medio de toda la confusión, haciendo retumbar el sonido de la Tradición, el sonido del pasado católico, y elevando ese sonido a los primeros días del Reino de María.

En esta misión tan hermosa, dada a cada uno de vosotros individualmente, al más pequeño de entre vosotros, al más probado de entre vosotros, al más tentado de entre vosotros, en esta misión —que en este momento llama a la puerta de vuestras almas para

Debemos ser el campanario que resuena en medio de la confusión, haciendo retumbar el sonido de la Tradición y elevándolo hacia el Reino de María

convenceros y encenderos—, aunque los Cielos se tuvieran que abrir y los ángeles bajaran en forma visible para preservar vuestra fidelidad, ¡en esta misión la gracia no os faltará!

Sed valientes, sed fieles ecos de la Tradición, y regresaréis aquí en un futuro próximo, cantando alegres las victorias que por vosotros conquistó Nuestra Señora.

Hay un salmo que dice: «*Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua. Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos*» (125, 6). Iban en la tristeza, en la madrugada, en la incertidumbre, en la penumbra, llorando, pero sembraban. Y he aquí que ellos vuelven, y vuelven

en la alegría, llevando a la tranquilidad del hogar, al esplendor de la convivencia de los suyos, los instrumentos y los frutos del trabajo con que llenaron el día cumpliendo su deber.

Ahora os vais vosotros, y en nuestras almas hay llanto. Pero lleváis las semillas que recibisteis en este encuentro. Y regresaréis —con la gracia de Dios— con alegría, trayendo los instrumentos de vuestro trabajo, las lecciones que recibisteis y los amigos que conquistasteis para la causa católica.

Una vida orientada por la doctrina de la Santa Iglesia

Se han dicho unas palabras sobre vosotros. Es necesario que se diga una palabra acerca de mi persona.

Tantas veces se ha mencionado mi nombre esta noche, tantas veces ha sido objeto de referencias generosas, que faltaría a la justicia si no os dijera algo sobre mí.

Me habéis leído, me habéis oído hablar en distintas ocasiones, me oís incluso en este momento. Jamás oiréis de mí la siguiente frase: «Yo elaboré una doctrina, construí un pensamiento, fundé una escuela, yo hice esto, yo hice aquello».

Todo lo que he realizado en mi vida, hago hincapié en presentarlo —por deber de justicia, en la alegría, en el entusiasmo, en el reconocimiento y en la gratitud exultantes de mi alma— como doctrina de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Porque si alguna cosa en mí hay de bueno, no es más que el resultado del hecho de que la Santísima Virgen me concedió la gracia —la cual no tengo palabras para agradecer, y espero poder pasar junto a Ella la eternidad entera agradeciéndoselo— de haber sido bautizado, de ser hijo de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

La doctrina que enseño es una exposición de la doctrina de la Iglesia. Leed mis libros, escuchad mis conferencias que están grabadas: de mí no aprenderéis otra cosa.

«Soy un eco de la gran campana que es la Iglesia Católica»

Diréis que hay mucha observación de la realidad, que hay mucha sagacidad en la forma como discernimos las cosas, que hay originalidad en la manera como solucionamos los problemas. Y os diré que es verdad. Pero oiréis repetirlo cien veces que estos atributos se los debo al hecho de estar imbuidos de la doctrina católica.

No soy, no pretendo ser, sino una campana, y menos que una campana. Soy un eco de la gran campana que es la Iglesia Católica Apostólica Romana. Deseo prolongar su enseñanza, no como ministro, no como maestro, sino como discípulo fiel y empapado de alegría por la gloria de ser discípulo. Pretendo prolongar esa enseñanza que se calla en tantas catedrales, en tantos púlpitos, en tantos confesionarios.

Somos el eco que en medio de la batalla prolonga la voz de la campana, que la lleva lejos y la hace oír por todas partes; fiel incluso —¡oh, dolor!— cuando la campana se calló, porque el eco continúa cuando la campana se silencia. Fiel incluso cuando la campana se pone a repiquetear locamente traicionando su vocación de campana. Ésa es la fidelidad del eco, el cual muere a partir del momento en que deja de repetir.

Mi deseo en la vida no es más que repetir aquello que he oído de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Inquebrantable confianza en Nuestra Señora

Esta fidelidad que hasta el día de hoy he mantenido, y que la Santísima Virgen —espero— me otorgará hasta el final de mis días, ¿a qué se lo debo?

Permitidme unos instantes de confidencias.

Hacia el año 1920 había un niño en São Paulo, nacido de una familia católica, que tenía en su habitación una imagen de Nuestra Señora en relación con la cual manifestaba una inexplicable ojeriza.

En determinado momento, ese niño pasó por una prueba muy dura. Y en ese instante fue a rezar ante una imagen de María Auxiliadora.

Aquel niño, levantando los ojos hacia la imagen de Nuestra Señora —sin tener una visión ni revelación, sin que hubiera nada más allá de las vías comunes de la gracia—, ese niño entendió, no obstante, que Ella era la Madre de Misericordia y que, con Ella, resolvería sus dificultades. Desde entonces adquirió en María una confianza que nunca lo abandonó a lo largo de toda su vida. La Virgen le sonrió continuamente, y ese niño adoptó como un deber hablar de Ella y servirla mientras viviera.

Aquel niño, que le debe todo a Nuestra Señora y que ahora le hace a Ella un agradecido tributo de veneración, mostrando que en uno no hay nada, y que Ella es la Medianera de todas las gracias, que a Ella debemos atribuirle todo lo que tenemos, ese niño, lo estáis viendo en este momento. Acaba de dirigiros la palabra. ✧

Extraído, con adaptaciones para el lenguaje escrito, de: *Conferencia*. São Paulo, 15/1/1970.



El Dr. Plinio en 1970. Abajo, a la derecha, campanario de la capilla Mater Boni Consilii, Mairiporã (Brasil)

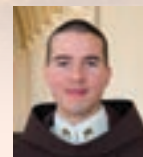
«No soy, no pretendo ser, sino una campana, y menos que una campana. Soy un eco de la gran campana que es la Iglesia Católica Apostólica Romana»



Santiago Vieto

El ángel del Sol Naciente

Mientras era consumido por las llamas, el misionero jesuita miró al cielo y pronunció sus últimas palabras de alabanza y agradecimiento al Creador. Había cumplido su misión en tierras japonesas.



✠ **Rodrigo José Vilela Lira dos Santos**

La leña crepitaba y poco a poco las llamas se elevaban. Por un momento, todo sugería que había terminado el supremo sacrificio y que la víctima había sido consumida en el infame patíbulo. Pero bastaba que las llamas se apartaran brevemente para contemplar el contraste entre el denso humo y la blancura del condenado, que siempre se encontraba en estado de oración y alabanza. Finalmente, con la mirada clavada en el cielo y con el alma inflamada de amor de Dios, entregó su alma al Padre celestial.

Así cerró los ojos a este mundo el quincuagenario sacerdote de la Compañía de Jesús, Camilo Costanzo, que tuvo el mérito de ser uno de los apóstoles del Japón. Los diecisiete años que pasó en la Tierra del Sol Naciente fueron fértiles en conversiones y milagros, dejando traslucir la particular predilección de la Providencia por ese pueblo. Pero ¿quién era él?

De Bovalino a Nápoles

Camilo vio la luz en 1571, en Bovalino, región de Calabria, al sur de Italia. Sus padres, Tomasso Costanzo y Violante Montana, pertenecían a

una familia noble originaria de Cosenza.

Tras pasar su juventud en su tierra natal, decidió estudiar Derecho Civil en Nápoles. Durante este período se produjo un cambio radical en su conducta. Aunque, hasta entonces, no se había ocupado de la religión más allá del mínimo prescrito, comenzó, como estudiante universitario, a llevar una vida de gran piedad.

Pasó a frecuentar la Congregación Mariana que allí existía. Recibía asiduamente los sacramentos, se mortificaba y ayunaba cuando sus deberes se lo permitían. De carácter decidido, el joven no pretendía ocultarles a los

demás su posición religiosa, actitud que edificaba a unos, pero producía incompreensión en otros...

Se forja su noble carácter

Algunos de sus compañeros, acostumbrados a una vida de comodidades y placeres, no vieron con buenos ojos su cambio de comportamiento, ya que suponía una constante reprensión a sus malos hábitos. Como suele suceder con los que abrazan el camino de la virtud, el joven estudioso de las leyes comenzó a ser perseguido y despreciado por todos. Aun así, no era difícil encontrarlo instándolo a abandonar la vida disoluta que llevaban. La maldad de sus iguales pronto se manifestaría en forma de venganza...

Era época de carnaval. Un día, al final de la tarde, mientras estudiaba en sus aposentos, vio entrar a una mujer cuyos modales revelaban la malicia de sus intenciones. Había ido para perder a aquella alma pura y casta. Después de preguntarle qué hacía allí en una hora tan impropia, y percibir el peligro que corría, Camilo se tomó de santo celo y se dispuso a echarla a la fuerza.

*De carácter decidido,
Camilo no escondía
su religiosidad,
actitud que edificaba
a unos y creaba
incompreensión
en otros...*

Luego, con el crucifijo en sus manos, le agradeció a la Santísima Virgen no haber caído en la tentación. Concluida la oración, se le acercó el sirviente de la casa, que le reprendió ferozmente por haber expulsado a aquella mala mujer. Camilo le respondió con dos solemnes bofetadas, diciendo: «¿Y tú, que comes de mi pan, te atreves a incitarme a hacer el mal?».¹

La verdadera hidalguía

En medio de luchas y sufrimientos, el joven Costanzo obtuvo la licenciatura en Derecho. Sin embargo, esto no cumplía los anhelos de su corazón. Ansiaba algo más, sin saber aun exactamente qué, a pesar de que misteriosas insinuaciones de la gracia le permitieran intuirlo.

Haciendo honor a su linaje aristocrático, decidió luchar en el sitio de Ostende en Flandes, en los Países Bajos, alistándose en las milicias del general Ambrogio Spinola Doria. En esa época, el Imperio español luchaba por conquistar esta ciudad de gran importancia estratégica, sustrayéndosela al poder protestante, en un asedio que duró más de tres años.

No obstante, allí tampoco encontró su ideal. Siguiendo la voz divina, fue

conducido por el Señor a una hidalguía muy superior: ser soldado de Cristo en la Compañía de Jesús. El 8 de septiembre de 1591 ingresó en las filas de San Ignacio, con tan sólo 20 años.

A partir de 1593 enseñó gramática en el Colegio de Salerno y, en 1601, se hizo cargo del oratorio de este establecimiento. Al año siguiente, habiendo cumplido tres décadas de vida, fue ordenado sacerdote. Estaba listo para el combate que, desde su interior, ansiaba.

Misionero en el Lejano Oriente

¡Ser misionero en tierras lejanas y baldías en la fe! Este es el imperativo que la gracia insufló en su es-

Haciendo honor a su linaje luchó en el sitio de Ostende, pero fue conducido por el Señor a otra hidalguía: ser soldado de Cristo en la Compañía de Jesús

píritu. Mientras el P. Camilo ejercía su ministerio, sentía crecer en él una irresistible sed de almas. Por lo tanto, comenzó a pedir insistentemente que lo enviaran a China.

En marzo de 1602 sus deseos comenzaron a hacerse realidad, aunque no de la forma que esperaba. Partió del puerto de Italia con destino a la India, donde permaneció alrededor de un año. De allí se marchó hacia el esperado país de los mandarines, desembarcando en Macao, a la sazón en posesión de la corona de Portugal. Pero tampoco era en este pueblo donde la Providencia le había reservado su labor evangelizadora.

Los portugueses que dominaban esa región impedían que los misioneros italianos entraran en el Imperio chino. El jesuita, con el corazón roto, se dirigió entonces a la misteriosa Tierra del Sol Naciente, Japón.

Es lo que sucede con las grandes vocaciones. Cuando todo lleva a creer que sus más santos deseos —incluso inspirados por Dios para su mayor gloria— están a punto de cumplirse, pronto son visitadas por el fracaso. El Señor mismo, que los despierta, permite que tales anhelos no se materialicen. De esta manera, Él no sólo

Reproducción



«Sitio de Ostende», de Cornelis de Wael - Museo del Prado, Madrid

prueba a sus varones escogidos, sino que saca un fruto aún mayor de la aparente contradicción.

Auténtico fervor misionero

El ardoroso sacerdote desembarcó en Nagasaki el 17 de agosto de 1605. Durante el primer año se comprometió a estudiar el idioma nipón. Inició su apostolado en la ciudad de Buzen, provincia de Kyushu, y luego partió hacia Sakai.

Su temperamento sincero y manso, sus costumbres afables y su celo por la religión le granjearon la estima de ese pueblo tan acostumbrado a la fidelidad y a la devoción. Durante ese período obró más de ochocientas conversiones, de las cuales sólo media docena se perderían en la persecución que seguiría.

De hecho, una nube oscura ensombrecería esta tarea apostólica que prometía ser aún más brillante. Hacia algún tiempo, las autoridades del archipiélago temían una invasión de las potencias occidentales, un recelo que no hizo sino aumentar a medida que crecía el número de conversiones.

Expulsado de Japón

Los católicos japoneses conocieron pocos períodos de paz. Los pri-

meros misioneros desembarcaron en Japón alrededor del año 1549. En 1587 los cristianos ya sumaban unos trescientos mil, ubicados principalmente en los alrededores de Nagasaki. Ese mismo año, el shogun Hideyoshi, que hasta entonces había sido condescendiente con la verdadera religión, publicó un decreto de expulsión de los jesuitas, única orden presente en su territorio.

La mayoría de los religiosos, dignos hijos de San Ignacio, asumió una posición de discreción y prudencia, continuando su obra evangelizadora en silencio y con cautela. Pero en 1593 desembarcaron los primeros franciscanos, que no adoptaron la misma táctica. Hideyoshi ordenó arrestar a todos los religiosos, así como a los neófitos que fueran descubiertos. Las detenciones comenzaron en 1596 y al año siguiente los primeros mártires sufrieron la muerte por crucifixión.

Ya en 1614, el shogun Tokugawa Hidetada, con un furioso odio a la religión y temor de que el aumento de católicos pudiera dañar la estabilidad de su reino, prohibió el cristianismo. Los misioneros debían partir y los católicos renunciar a la fe bajo pena de muerte.

El P. Costanzo se vio obligado a abandonar a sus ovejas y regresó a Macao. Allí permaneció durante siete años.

*El P. Costanzo
decidió partir
disfrazado de soldado
hacia Nagasaki,
pero el capitán del
barco sospechó que
era religioso...*

Un puerto de Oriente,
de Bonaventura Peeters -
Museo Real de Bellas Artes, Bruselas

A pesar de la imposibilidad de realizar el apostolado que deseaba, aprovechó este período para escribir quince libros refutando la doctrina budista en perfecto japonés, que aún hoy causan admiración en quienes los estudian.

El ángel de Japón

Pero el corazón y la atención de los jesuitas permanecían junto a la tierra japonesa. Como el ángel de la guarda en relación con su pupilo, Camilo constantemente ofrecía fervientes oraciones y súplicas por los que allí había dejado, esperando el momento oportuno en que pudiera regresar a la isla.

En 1621, con santa audacia, resolvió reanudar sus actividades. Poniendo en práctica la sagacidad de la serpiente, de la que habla el Señor en el Evangelio (cf. Mt 10, 16), decidió ir a Nagasaki disfrazado de soldado. Su virtuosa fisonomía y sus hábitos modestos, no obstante, terminaron por traicionarlo. El capitán de la embarcación sospechó que era religioso, pero, siendo también católico, optó por no entregarlo a las autoridades. A petición de los que estaban en el barco, lo desembarcó en un lugar desierto en la provincia de Hizen.

Estos reveses, sin embargo, no empañaron su ánimo. Con los pies en tierra, comenzó inmediatamente a fortalecer a los fieles que encontraba, repartidos por infinidad de pueblos. Estuvo en Karatsu y en las islas de Hirado e Ikitsuki. En muchos de estos lugares encontró un terreno virgen, donde pudo sembrar las semillas del cristianismo, que luego darían sus frutos.

Tal era el número de cristianos que acudían a él pidiéndole ayuda espiritual, que recorrió aquellas regiones sin descanso, noche y día, acompañado de dos japoneses, Agustín Ota y Gaspar Koteda.

Una vez, descubrió muchos fieles que estaban encarcelados. A pesar del riesgo que corría, encontró la ma-

Llegó a su terreno de combate: un poste de caña. Y comenzó a predicar y a protestar que había sido condenado a muerte sólo por haber predicado la santa fe

nera de burlar a la guardia, entrar en la prisión y administrarles los sacramentos, exhortándolos a imitar al Redentor en sus sufrimientos.

¡Obediencia a Dios primero!

Después de tres meses de intenso trabajo en Ikitsuki, partió hacia la isla de Noscima. Había allí una piadosa dama católica que deseaba mucho la conversión de su marido. Con la esperanza de que su esposo conociera a Camilo, le reveló el escondite del jesuita. Pero el pagano se apresuró a referirlo todo al gobernador.

Tres barcos armados salieron en su busca, y fue detenido en la isla de Ocu, el 24 de abril de 1622. Preguntado sobre su verdadera identidad, no lo negó: ¡sacerdote católico y religioso jesuita! Sin más preámbulos, lo cogieron del cuello y lo llevaron a prisión.

Permaneció en esa cárcel hasta el 15 de septiembre de 1622, cuando fue enviado a Firando para el interrogatorio final. Preguntado nuevamente por qué no obedecía al déspota japonés, respondió que «la religión cristiana manda que se obedezca a las autoridades en todo lo que no contradiga los preceptos de Dios; pero como el edicto del príncipe de Japón, que prohíbe predicar la ley cristiana, repugna demasiado a los preceptos del Rey del Cielo, por eso yo no podría obedecer a un rey de la tierra».²



Estampa del Beato Camilo Costanzo

Tal fue su alegría por la cercanía del encuentro con el Señor, la Santísima Virgen y su padre espiritual, San Ignacio de Loyola, que quiso demostrarlo enviándole al padre provincial un relicario y la fórmula de su profesión solemne emitida hacía algunos años.

Inmolación ofrecida con alegría

Lleno de alegría, como los primeros mártires, fue trasladado al lugar del suplicio. A los cristianos que acudían allí, los animaba a que vivieran según los dictados del Señor, incluso bajo la persecución. Agradecía no sólo a quienes lo habían ayudado en Japón, sino también a sus verdugos, por darle la oportunidad de ingresar en la Patria celestial.

Enseguida llegó a su postrer terreno de combate: un viejo poste hecho de caña. «Entonces él, como desde un púlpito, comenzó a predicar y, finalmente, a protestar que por ninguna

otra razón había sido condenado a muerte sino por haber predicado la santa fe».³ Y prosiguió hablando de las palabras del Señor: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mt 10, 28).

El fuego fue encendido, y a pesar de su lento ascenso, la distinguida voz del sacerdote resonaba siempre firme y perentoria. En cierto momento, marcado por un breve silencio, cuando el humo lo había cubierto por completo, se tuvo la impresión de que había expirado. Pero el noble combatiente se mostró reacio a rendirse: también cantó la canción *Laudate Dominum omnes gentes* y habló en latín y japonés sobre las maravillas de la eterna bienaventuranza, reservada a los que siguen la fe católica.

Se cuenta que en el instante extremo, levantó los ojos al cielo, cantó el *Gloria Patri* y cinco veces pronunció la palabra *Santo*. Dicho esto, entregó su espíritu y su alma voló al encuentro del Creador.

Era el 15 de septiembre de 1622. El ángel del Sol Naciente había cumplido su misión. Había proclamado el nombre de Cristo en aquellas tierras inhóspitas y había marcado a los elegidos con el sello del santo Bautismo; los había protegido contra las afrentas del Maligno y sus secuaces, y no temía la prisión ni el martirio. En adelante, desde la eternidad, haría aún más por esta nación que tanto fruto dio para la Iglesia, a pesar de la intensa persecución que allí sufrió la Esposa Mística de Cristo.

El 17 de julio de 1867, Pío IX beatificó al sacerdote Camilo Costanzo, junto con otros doscientos cuatro mártires de Japón. ✧

¹ PATRIGNANI, SJ, Giuseppe Antonio. *Menologio di pie memoria d'alcuni religiosi della Compagnia di Gesù*. Venezia: Niccolò Pezzana, 1730, t. III, p. 127.

² Ídem, p. 129.

³ Ídem, p. 130.

A través de María serás victorioso, Juan

El destino de un continente se decidía dentro de las murallas de una ciudad... Antes de que la basílica de San Pedro se convirtiera en un establo, ¿habría una intervención divina?



✠ Hna. Juliana Montanari, EP

Viena. La ciudad de las galas, de los refinamientos, de la música y de las pomposas procesiones; el lugar clave de los acontecimientos políticos y sociales de Europa estaba a punto de sucumbir ante la furia de una invasión otomana. Rodeada de colinas y bosques, beneficiada por el Danubio que corría a sus pies, podía ser vista desde muy lejos, rematada por los campanarios de sus iglesias y coronada por la aguja de la catedral de San Esteban. Sin embargo, esta vez no constituía el encanto de la embelesada mirada de algún viajero, sino el objeto de los sueños del gran visir Kara Mustafa, quien se repetía a sí mismo su alucinante aspiración: llevar el estandarte de la crecencia hasta el corazón de Europa...

Saboreando ya el momento de sustituir por la media luna la cruces que divisaba, y convencido de que los vieneses no recibirían ayuda de ningún otro ejército cristiano, se preguntaba irónicamente: «¿Quién salvará a Viena?». La vista de la risueña ciudad, con los fosos de sus fortificaciones transformados en jardines, lo convenció aún más de que no resistiría a

un lento asedio; todo el mundo sabía que Viena era una corte, no un bastión militar. Kara Mustafa prometió, entonces, exterminarla, así como al emperador, «a pesar de su Dios crucificado»,¹ según sus palabras.

Definitivamente, el visir había heredado el carácter ardiente y el genio ambicioso de sus antepasados. Deceba consumir la conquista de toda Europa, y no descansaría hasta convertir la basílica de San Pedro en las caballerizas del sultán.

La cristiandad podrida por su amor al mundo

La amenaza afligió a los vieneses y resonó más allá de sus murallas hasta llegar a Roma, desde donde el sumo pontífice, Inocencio XI, trataba de enviar refuerzos militares.

La Santa Madre Iglesia esperaba el auxilio de su hija primogénita, Francia. ¿Dónde estaba ella en ese momento de peligro para la cristiandad? Las graves carencias morales y el orgullo del Rey Sol habían oscurecido sus horizontes, o mejor dicho, lo llevaron a creer que en el panorama mundial no debía brillar otro astro sino él mismo.

Luis XIV rechazó enviar sus tropas para la defensa de Viena esperando, con mezquino egoísmo, que su desaparición lo librara de los esplendores de aquella corte que ensombrecía la gloria de su propio reinado...

Mientras tanto, la población sitiada estaba cada vez más abatida. Los cristianos sabían que si Viena caía, muy pronto caería Roma y con ella, la Santa Iglesia. Esperaban de su monarca, Leopoldo I, al menos un gesto de aliento, una orden para tomar las armas, una palabra que animara a la resistencia, pero... el *mundanismo* y el libertinaje enquistados en su corte le impidieron ser un héroe cuando el futuro de la cristiandad lo exigía. El único remedio que el emperador encontró para esa extrema amenaza fue el de prohibir a sus súbditos, bajo pena de muerte, hablar de las circunstancias por las cuales atravesaba el reino, con la esperanza de mantener, por lo menos, la normalidad y el equilibrio en sus dominios.

Cuando, finalmente, las tropas de Kara Mustafa aparecieron a lo lejos, sembrando los campos de fuego, sangre y confusión, el emperador

huyó con su familia hacia Bohemia, sellando para siempre su reinado con el sello de la cobardía... Siguiendo su ejemplo, sesenta mil habitantes de la capital del Danubio huyeron, dejando la ciudad a su suerte.

«¿Quién salvará a Viena?». El sumo pontífice lanzó esta pregunta al Cielo y, en medio de aquel firmamento cubierto de traiciones e ingratitudes, una estrella empezó a brillar. Sólo una persona podía acudir en su auxilio y rescatar a la cristiandad en peligro: el rey de Polonia, Juan Sobieski.

Un niño educado para triunfar

Desde pequeño, Juan había sido educado para el combate y las grandes empresas. Su madre, Sofía Teófila Danilowicz, mujer de corazón ardiente y espíritu belicoso, lo llevaba todos los días a la iglesia de Zolkiew, donde había pinturas de los héroes de la familia, decoradas con mármol y oro, a fin de rendir honores perpetuos a esos maestros del amor a la fe y a la patria. Enseñándole las armas que brillaban en el blasón familiar, repetía: «¡Sé como ellos o superior!».

Fue en esta perspectiva que creció el pequeño Juan, y el futuro demostraría de que aquel niño superaría en destreza y virtud a todos sus antepasados.

Elegido rey de Polonia, tuvo que librar grandes batallas en defensa de los principios religiosos y del territorio polaco. En todas sus expediciones, dio muestras de un raro talento militar y de una valentía sin igual. Sabía no sólo gobernar a su pueblo, sino elevarlo y alentarlo en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

El plan de ataque, al filo de lo imposible

Al oír la petición del sumo pontífice, Juan Sobieski rápidamente organizó un ejército y, llevando consigo incluso a su hijo menor, se unió a las tropas imperiales de Carlos, duque de Lorena, y de los príncipes electores de Baviera y Sajonia.

Narran las crónicas de la época que estos nobles acogieron con lágrimas de alegría al líder victorioso enviado por la Providencia. Si antes de su llegada reinaba la discordia en el campamento católico, Sobieski trajo, como un roce de alas de ángel, la unión y el respeto, suscitando entre todos una pronta obediencia, de forma que sus decisiones eran ejecutadas sin obstáculos. Y esto se había hecho más que necesario, pues Viena ya no tenía suficiente pólvora, víveres ni hombres para luchar. El último



Los turcos redoblaron sus ataques. Todo indicaba que las murallas de Viena caerían. ¿Quién la salvaría?

Gran visir Kara Mustafa - Museo de Viena. En la página anterior, María Auxiliadora - Casa Sedes Sapientiae de los Heraldos del Evangelio, Mairiporã (Brasil)

y desesperado mensaje que el conde de Stahremberg había logrado enviar era: «¡No hay tiempo que perder!».

La desproporción entre los dos ejércitos era descomunal. Los otomanos sumaban 300.000 hombres. En cambio, los cristianos en combate no llegaban a 70.000, de los cuales —cabe señalar— cerca de 10.000 no eran más que una multitud de voluntarios que corrían el riesgo de convertirse en un estorbo y un peligro en vez de una ayuda...

No obstante, Sobieski sabía que la victoria vendría de Dios y no de los hombres. Experimentado hombre de guerra, trazó de inmediato su audaz plan de ataque, llevado por una de esas inspiraciones de genio que nunca lo defraudaban en el combate: trasladaría a su ejército a la cima del monte Kahlenberg, atacando el campamento otomano por donde menos se lo esperaban.

Minado por los placeres, el enemigo pierde vigor

Por su lado, el gran visir no podía aguantar más. Viena había resistido cuarenta y cinco días al asedio, plazo demasiado largo para su ambición. Una parte de la muralla se había destrozado con los cañonazos, los puentes yacían destruidos; muchos soldados habían muerto durante los ataques, de hambre o de las epidemias que asolaban la capital; el armamento se había agotado y el ánimo de la población estaba abatido. ¿Por qué no se rendían? Ninguno de los que habían prometido socorrerlo aparecía...

Los turcos redoblaron la ofensiva y cavaron trincheras alrededor de toda la ciudad, socavándola. Todo indicaba que en dos días caerían sus muros y entrarían, para ruina del pueblo.

Sin embargo, estos casi dos meses de inercia trajeron graves consecuencias para el ejército otomano. Además de la depravación de las costumbres, cada soldado estaba preocupado por el botín obtenido en la masacre y buscaba una brecha para escapar o esconderlo. Demasiado confiado en su fuerza para prever cualquier peligro, Kara Mustafa permaneció incrédulo ante la ayuda prometida por el rey de Polonia e, incluso informado de los inquietantes movimientos en el Kahlenberg, se mantuvo indomable, aumentando la discordia entre las tropas descontentas. Solamente se ocupaba de asustar a los cristianos con números y de deslumbrarlos con la pompa de sus trajes, armas y tiendas, deseando verlos de-

rrotados sin ni siquiera combatirlos, más dispuesto a presenciar un triunfo que a luchar como soldado.

La extrema negligencia del visir sería, providencialmente, una de las causas de la ruina de su poderoso ejército.

Obediencia y heroísmo de los soldados de Jesús

El 9 de septiembre de 1683, las tropas unidas bajo el mando de Juan Sobieski comenzaron a subir el Kahlenberg. El calor y la fuerza del viento dificultaban aún más la escalada. Como no había caminos que cortaran el bosque, los jinetes se vieron obligados a bajarse de sus caballos y conducirlos por la densa arboleda. Pero eso no fue lo peor. Los cañones se convirtieron para los animales en una carga imposible de arrastrar, por lo que necesitaban ser tirados con cuerdas por los propios soldados.

El avance por las empinadas laderas fue lento y penoso, pero el 11 de septiembre el ejército alcanzó la cumbre y se comprobó que los turcos no habían planeado allí suficiente resistencia. Lanzando un proyectil al cielo estrellado, Sobieski les avisaba a los sitiados de que la ayuda había llegado, y mantuvo encendidas a lo largo de aquella noche varias fogatas en la

cima del Kahlenberg, para sustentar la esperanza y el coraje de los habitantes de Viena.

Concomitantemente, un monje capuchino cabalgaba a toda prisa para encontrarse con Sobieski en lo alto de la montaña. Era el legado pontificio, un religioso veneciano famoso por su santidad: Marco de Aviano. Entregándole una breve carta del Papa, bendijo a las tropas con un crucifijo y les dijo a los combatientes: «¡Os anuncio en nombre de la Santa Sede que, si confiáis en Dios, la victoria será vuestra!».

El ataque empezaría al amanecer del día siguiente, fiesta del Dulcísimo Nombre de María. El rey de Polonia llevaba consigo una copia de la pintura milagrosa de Nuestra Señora de Jasna Gora, ante la cual el ejército asistió a la última misa antes del asalto, consagrando la batalla decisiva al Corazón de María. Nadie durmió aquella noche. A las tres de la madrugada, Sobieski desplegó su ejército en dirección al campo adversario, que rodeaba Viena. Al grito de «Dios es nuestro auxilio», se precipitaron sobre el enemigo y lanzaron una formidable descarga de artillería, sembrando el pánico, la muerte y la destrucción. Destacaban los húsares que, con sus famosos uniformes alados, parecían

ángeles exterminadores bajando del Cielo sobre los secuaces del mal.

La insolencia enemiga se convierte en lágrimas...

El entusiasmo movía las filas católicas, con Sobieski a la cabeza. Entre los alaridos del combate, su voz se oía atronar como un rayo vengador cantando el salmo del rey-profeta: «*Non nobis, Domine...*».

Espantado, Kara Mustafa entendió lo que significaba todo eso: el rey de Polonia estaba, en efecto, en el combate y comandaba personalmente esa carga de caballería. Se llenó de cólera y de pánico. Su ejército estaba dividido en dos: una parte corría hacia los cristianos para detenerlos, la otra preparaba el asalto final contra las murallas de Viena. En medio del caos de los primeros enfrentamientos, Kara Mustafa cometió el error fatal de desproteger los flancos de la formación, lo que le permitió a Sobieski romper con furia las líneas otomanas.

El gran visir intentó organizar un contraataque y pedir refuerzos, pero ¡ya era demasiado tarde! La consternación reinaba entre los mahometanos, y las columnas de camellos que partían hacia Hungría confirmaban la masiva desertión. Comprendió que

Reproducción



Bajo el mando de Juan Sobieski, las tropas cristianas se reunieron en el monte Kahlenberg. Destacaban los húsares alados, que se asemejaban a ángeles exterminadores bajando del Cielo sobre los esbirros del mal.

Húsares alados en formación de ataque - Captura de pantalla de la película «11 de Septiembre de 1683. La Batalla de Viena»



El estandarte triunfal del héroe polaco quedó clavado en el corazón de la cristiandad, haciéndole comprender que con la Santísima Virgen siempre saldría victoriosa

Juan Sobieski tras la liberación de Viena, de Jan Matejko - Museos Vaticanos

estaba solo y que ya no podía sostener la batalla. Así que llamó a los pocos que le quedaban y se echó a llorar como un niño, preguntándole a uno de sus oficiales:

—Y tú, ¿no me puedes ayudar?

—Conozco a ese rey de Polonia, y os digo que con él no habrá más remedio que huir —fue la respuesta que escuchó del interrogado.

Entonces, emprendieron la huida, perseguidos por el ejército de Cristo.

...y ¡la resistencia cristiana en júbilo!

La derrota fue completa. Es difícil saber con exactitud la cifra de pérdidas, ya que las crónicas difieren entre sí. No obstante, la violencia del ataque les costó a los otomanos al menos 20.000 bajas, y los cadáveres de los vencidos cubrían los campos alrededor de la ciudad. En cambio, del lado cristiano, entre los heridos y muertos durante el asedio y en la batalla, el número no llegaba a 4.000.

Al caer la tarde, Juan Sobieski entraba en Viena. Los príncipes del imperio acudían a su encuentro y lo abrazaban, coroneles y oficiales

lo aclamaban sin cesar, toda la población trataba de tocar su manto, agarrar sus manos y pies, queriendo besarlos. El rey intentaba impedirlo, pero nada pudo detener aquellas manifestaciones de agradecimiento. Yendo a la iglesia, se postró en tierra y cantó el *Te Deum*, el himno de victoria del Señor de los ejércitos.

La noticia de la liberación de Viena llenó de gozo toda Europa, a excepción —es triste decirlo— del Rey Sol... El Papa recibió de Sobieski la principal bandera arrebatada a los turcos, trofeo que recorrió todas las iglesias de Roma durante un mes.

Un legado inmortal para la Iglesia

Por la espada del héroe polaco, la Santa Iglesia rechazó una vez más el islamismo, clavando la bandera del triunfo en el corazón de la cristiandad y legándole dos tesoros de valor incalculable.

El primero fue encontrado por Sobieski entre las ruinas del pueblo de Wishau. Era una pintura antigua de Nuestra Señora de Loreto, cuya corona estaba sostenida por dos ángeles que llevaban en sus manos pergamini-

nos con las siguientes inscripciones: *In hac imagine Mariæ vinces, Johannes; In hac imagine Mariæ, victor ero Johannes* —que significan: «A través de esta imagen de María vencerás, Juan»; «A través de esta imagen de María, yo, Juan, saldré victorioso». El mensaje de la Reina del Cielo era indiscutible. Además de proteger al rey Juan Sobieski a lo largo de muchos otros combates, la cristiandad entendió que, con la Santísima Virgen, siempre saldría victoriosa.

El segundo tesoro fue un regalo de Inocencio XI a la Santa Iglesia: la fiesta del Dulcísimo Nombre de María, conmemorada por entonces sólo en ciertas regiones, y que fue extendida por el pontífice a la Iglesia universal. Hasta el día de hoy se celebra el 12 de septiembre, fecha de esta memorable victoria mariana en la historia. ✧

¹ Las referencias históricas que constan en este artículo han sido transcritas de: SALVANDY, Narcisse-Achille de. *Le libérateur de la Chrétienté au XVII^e siècle. Jean Sobieski, sa vie, ses vertus, ses épreuves, ses victoires*. Cadillac: Saint-Remi, 2010.

Verdadera esposa y madre católica

En el gran cambio que representó en su vida el matrimonio, Dña. Lucilia se convirtió en una esposa ejemplar y una madre extremosa, gracias a las virtudes que había cultivado desde su infancia.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

El estado matrimonial dio más profundidad al espíritu sobrenatural de Dña. Lucilia, adquiriendo éste contornos mejor definidos a medida que se multiplicaban los problemas, las aflicciones y las dolencias.

Fiel a su antigua costumbre, juntaba las manos y, con la mirada puesta en el Sagrado Corazón de Jesús, imploraba, por medio de su querida Madrina, Nuestra Señora de la Peña, amparo y respuestas. Su fervorosa vida de piedad, que en sus días de soltera le había complacido tanto al Dr. Antonio, su padre, no dejará de causarle a él una creciente admiración.

Broma paterna

Un día, tras haber observado de manera especial las largas oraciones de Dña. Lucilia, se produjo este breve diálogo entre ellos:

—Hija mía —dijo bromeando con afecto—, debes resultarle terriblemente molesta a la Providencia.

—¿Por qué, papá?

—¡Porque te pasas el día rezando! Dios ya debe estar cansado de oírte tanto. Pides, pides, pides... Por cierto, ¿qué es lo que pides?

—Pido siempre lo mismo.

En tono aún más paternal, prosiguió el Dr. Antonio:

—¿Lo ves? ¿No es eso acaso molesto?

Años después, ella misma, sonriendo, relataría este episodio.

Con el propósito de ser elogioso, pero empleando ese mismo tono de amena y dulce ironía, el Dr. Antonio solía decir que Dña. Lucilia nunca podría vivir junto a una iglesia, porque huiría de casa y se pasaría todo el día rezando allí... A veces, el Dr. João Paulo, su esposo, haría suya esta cariñosa broma.

«Esa pregunta no se le hace a una madre»

Doña Lucilia encaraba la vida conyugal con manifiesto candor y limpieza de mirada y, al mismo tiempo, con elevación de espíritu, se ponía bajo

el amparo y protección de la Santísima Virgen para el perfecto cumplimiento de sus deberes de esposa y madre.

De regreso a São Paulo después del viaje de luna de miel, Dña. Lucilia y su esposo establecieron su residencia en una casa casi contigua al palacete Ribeiro dos Santos. El matrimonio fue premiado por Dios con dos hijos: el 6 de julio de 1907, una niña, que recibió el nombre de Rosenda, en memoria de la difunta madre del Dr. João Paulo, a quien él quería mucho; y, el 13 de diciembre de 1908, un niño, Plinio, así llamado de buen grado por Dña. Lucilia, para atender los deseos de Dña. Gabriela, su madre, que siempre había querido tener entre los suyos a alguien con ese nombre.

La bondad que rebosaba el corazón de Dña. Lucilia se derramaría en adelante sin reservas sobre sus hijos. Su maternidad haría florecer uno de los aspectos más sublimes de su alma, cuando tuvo que enfrentar con heroísmo una difícil situación.

Al examinarla la víspera del nacimiento de Plinio, el médico había constatado que el parto iba a ser arriesgado. Lo más probable era que ella o el niño murieran. Así que le preguntó si no prefería abortar para salvar su propia vida.

Ante esta absurda propuesta, Dña. Lucilia le respondió descontenta:



El estado matrimonial dio más profundidad al espíritu sobrenatural de Dña. Lucilia

Doña Lucilia y el Dr. João Paulo, poco antes de su boda

—Doctor, ¿esa pregunta no se le hace a una madre! Ni siquiera debería habérsele ocurrido.

De este modo fue cómo, poco antes de que diera a luz a su hijo varón, quiso la Providencia pedirle a aquella extremosa y resuelta madre católica un excelente acto de virtud. Así, pues, incluso antes del nacimiento de Plinio, la maternidad de Dña. Lucilia ya era ejercida, en relación con él, con todo desvelo.

El niño nació un domingo por la mañana, mientras Dña. Lucilia oía repicar las campanas de la iglesia de Santa Cecilia llamando a misa. El recién nacido era tan pequeño que la cuna, cuidadosamente preparada por su madre, le quedó demasiado grande. Cuentan algunos familiares que, conversando un día con su padre, le había expresado su angustia por el hecho de que Plinio no parecía gozar de buena salud. El Dr. Antonio entonces cogió en brazos a su nieto, lo acercó a una ventana para verlo mejor y, mientras lo miraba fijamente, la tranquilizó con estas palabras:

— ¡Este niño vivirá muchos años!

Quizá la fotografía donde aparece más contenta

La fotografía en la que Dña. Lucilia sostiene en brazos a su hijo recién nacido demuestra claramente la gracia bautismal que ella, paso a paso, enriqueció por su correspondencia y prolongó hasta el fin de su vida, a los 92 años.

Con una mirada llena de afecto contempla tiernamente a su pequeño. En su sonrisa se descubre un torrente de cariño, de compasión y de protección ante la fragilidad de su hijo. No es difícil darse cuenta cuánto le complace el candor que ve en el niño.

De todas las fotos que le hicieron a lo largo de su vida, quizá aquí es donde aparece más contenta. Contentísima, no por haber sido objeto de al-



Reproducción

En su sonrisa se descubre un torrente de cariño y de protección ante la fragilidad de su hijo

Doña Lucilia con su hijo Plinio en brazos

guna amabilidad o por haber recibido algún elogio, sino tan sólo por el hijo que lleva en brazos.

«El trato entre nosotros dos era, para mí, un verdadero paraíso —recordaba, con saudades, ese hijo tan amado—, me sentía querido, comprendido. Tenía una noción muy grande de mi propia fragilidad. Me sentía pequeño, enfermo. A fuerza de prodigarme toda especie de cuidados, ella me transformó. Me daba cuenta, incluso, de que podía morir, pero notaba también su cariño envolvente y su enorme deseo de que yo viviera. Eran como tónicos que me comunicaban vitalidad. Desde dentro de mi debilidad me venía la siguiente idea: “¡Quiere tanto y puede tanto! Es probable que consiga convertirme en una persona saludable. ¡Qué tragedia si me muriera! Porque me llevarían lejos de ella”.

»Ahora bien, yo quería vivir. Sentía que mantenerme con vida dependía de ella. Estos pensamientos me venían a la mente no sólo con relación a esta vida terrena, sino también con relación a la otra. No concebía un ambiente celestial que no fuera parecido a la atmósfera que sentía junto a ella. Mi madre fue un paraíso para mí hasta el momento en que cerró definitivamente los ojos.

»Además, me abrió otro jardín, incomparablemente más paradisíaco: me enseñó a comprender y a amar a la Santa Iglesia Católica y me inculcó la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen».

«¿Dónde está Jesús?»

Rosée¹ y Plinio eran el centro de la atenta preocupación de Dña. Lucilia. A parte de esto, ejercía sobre sus dos pequeños una benéfica y ejemplar influencia, constituida por una invitación a la dignidad y a lo sobrenatural. En su misión educativa, traslucirá con más claridad el fondo cristalino de su hermosa alma. Desde el principio, se esforzará para que sus hijos apliquen los primeros destellos de la razón para distinguir dos imágenes de su devoción, una la del Sagrado Corazón y la otra la de la Milagrosa.

Ante la simple pregunta: «¿Dónde está Jesús?», o «¿Dónde está María?», los niños inmediatamente señalaban la imagen correspondiente. Y, poco más tarde, las primeras palabras que brotarán de sus labios serán los nombres del Redentor y de su Santísima Madre. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Doña Lucilia. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 105-110.

¹ Nombre por el que Rosenda sería más conocida.

Congregados por el Sagrado Corazón de Jesús

En julio, cerca de 1.500 cooperadores de los Heraldos del Evangelio se reunieron en la Casa de Formación Thabor, situada en Caieiras (Brasil), con motivo del XVIII Congreso Internacional de la institución, realizado en dos turnos.

El tema central del congreso fue el Sagrado Corazón de Jesús. Las exposiciones abordaron aspectos históricos y espirituales de esta devoción, así como los mensajes transmitidos por el Redentor en revelaciones privadas aprobadas por la Iglesia, como los de Santa Margarita María Alacoque y sor Josefa Menéndez. También se habló de la necesidad de una completa conformación de la mentali-

dad de los hombres a este divino Modelo, a través del intercambio de corazones.

El programa de cada día comenzaba con la exposición y bendición del Santísimo Sacramento y un tiempo de oración, seguido de un rosario procesional hacia el auditorio, donde se llevarían a cabo las charlas; después de éstas se formaban círculos de estudio para profundizar en los temas tratados. Las comidas eran ocasión de una feliz convivencia entre familiares y amigos. El día se clausuraba con la celebración de la misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario.



Timothy Ring





Fotos: Roberto Cochirovski



Brasil – El cardenal Orani João Tempesta, O Cist, arzobispo de Río de Janeiro, presidió el 28 de junio la Misa de la Pascua Militar, celebrada en la catedral de San Sebastián. A la ceremonia asistieron representantes de las Fuerzas Armadas, del Cuerpo de Bomberos, de la Policía Rodoviária Federal y de la Policía Militar. Igualmente, contó con la participación del coro del seminario mayor de los Heraldos del Evangelio, que amenizó la celebración.

Fotos: Tatiane Oliveira



Brasil (Montes Claros) – El 2 de julio, jóvenes preparados por los Heraldos del Evangelio hicieron la Primera Comunión en la iglesia de Nuestra Señora de los Clarísimos Montes.

Fotos: Alejandro Solo



El Salvador – El 23 de julio, la catedral de Santa Ana, en la ciudad homónima de El Salvador, recibió la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María. En esa ocasión, se realizó una solemne coronación de la imagen de la Virgen, seguida de la celebración de la santa misa.



Fotos: Eric Salas

España – El 23 de junio, cerca de 1.200 personas —que ya se habían consagrado a Jesús por medio de la Santísima Virgen, en el curso ofrecido en la Plataforma de Formación Católica Reconquista, dirigida por los Heraldos del Evangelio—, renovaron su consagración encomendándose al Sagrado Corazón de Jesús por intercesión del Inmaculado Corazón de María, en el emblemático santuario del Cerro de los Ángeles. Hubo misa, bendición del Santísimo Sacramento y procesión por la explanada del santuario.



Ronny Fisher

Daniele Sacelotti

Xavier Jacob



Pablo Díaz

Geopar Casimiro

Junior Thumbo

Fiesta de Nuestra Señora del Carmen – Con motivo de la conmemoración litúrgica de la Virgen del Monte Carmelo, el 16 de julio, los Heraldos del Evangelio promovieron diversas celebraciones eucarísticas, procesiones, imposición de escapularios y charlas. En las fotos se pueden ver las actividades desarrolladas en la basílica de San José y Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, de México (foto 1); en la casa de los Heraldos de Juiz de Fora, Brasil (foto 2); en la iglesia de la Madre del Buen Consejo, Paraguay (foto 3); en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, Uruguay (foto 4); en la Comunidad San Isidoro (foto 5) y en la casa de los Heraldos (foto 6), Mozambique.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Nuevas capillas de adoración perpetua

En el marco de la iniciativa lanzada por la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, el *Renacimiento Eucarístico Nacional*, fue inaugurada la primera capilla de adoración perpetua en Manhattan, la famosa isla ubicada en el corazón de Nueva York. El lugar de oración está ubicado dentro de la iglesia de San José, en Greenwich Village, y estará bajo el cuidado de los frailes dominicos, quienes expresaron una profunda alegría por su creación, ya que fomentará la fe y la veneración que el augusto Sacramento del Altar merece.

Al soplo de las mismas gracias eucarísticas, durante el año 2023 también se inauguraron en España cinco nuevas capillas de adoración perpetua, completando así setenta lugares donde se adora ininterrumpidamente al Santísimo Sacramento en esa nación.

Milagro eucarístico en Honduras

Monseñor Walter Guillén Soto, SDB, obispo de la diócesis de Gracias (Honduras), reconoció un milagro eucarístico ocurrido en el pequeño municipio de San Juan, ubicado a 35 km al sur de Gracias. El hecho ocurrió el 9 de junio de 2022, fiesta litúrgica de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

Durante una celebración de la Palabra, José Elmer Benítez Machado, ministro extraordinario de la Eucaristía, notó que el corporal que envolvía el copón dentro del tabernáculo estaba manchado con algo parecido a la sangre. El tejido fue enviado al obispo,

quien ordenó que fuera analizado por peritos, confirmando científicamente que se trataba de sangre humana de tipo AB, con factor RH positivo, resultado que coincide con el de pruebas similares realizadas en las especies del milagro eucarístico de Lanciano y en la Sábana Santa de Turín.

Para Mons. Walter Guillén y su clero, este milagro es «un llamado a la conversión». La documentación y las evidencias científicas fueron enviadas al Vaticano para más investigaciones.



Un incendio consume el cuerpo incorrupto de San Benito

La iglesia anexa al convento de Santa María de Jesús, ubicada en las laderas del monte Grifone, de Palermo (Italia), resultó gravemente dañada por un incendio que consumió parte del recinto sagrado y los restos mortales de San Benito. A pesar de haber sido alertados, los bomberos no pudieron atender rápidamente al incidente. Los franciscanos que cuidan el lugar creen que sólo el fémur del santo se ha salvado de las llamas.

El santuario es un punto de peregrinación para fieles de todo el mundo, especialmente de América Latina, donde la devoción a San Benito fue iniciada por los navegantes europeos que colonizaron el continente.

Avanza el proceso de canonización de Don Vital

La Tipografía Vaticana comenzó a imprimir la *positio* de Don Vital —un documento que contiene las principales declaraciones y pruebas históricas de la heroicidad de sus virtudes—, que será entregada a las comisiones vaticanas para que emi-

tan su dictamen. Se espera que pronto será declarado venerable.

Monseñor Vital María Gonçalves de Oliveira nació en 1844, en Paraíba (Brasil). Fue el primer obispo capuchino de ese país, elegido tan sólo con 26 años por el papa Pío IX. Su audaz vida pastoral y la energía que mostró en la defensa de la fe católica le valieron el título de *Atanasio brasileño*.

Vacaciones católicas en los Países Bajos

Con el propósito de fomentar sanas distracciones saludables combinadas con una profundización en la fe durante las vacaciones, la diócesis neerlandesa de Haarlem-Ámsterdam creó el «pase de verano», una invitación para visitar iglesias y museos católicos y participar en diversas actividades recreativas como conferencias, paseos y visitas guiadas por la ciudad, exposiciones sobre la religión católica, conciertos y jardines bíblicos.

El programa de entretenimiento en la diócesis comenzó el 7 de julio, con un concierto gratuito realizado por miembros del Conservatorio de Ámsterdam, y durará hasta el 10 de septiembre.

Cae el número de estadounidenses que creen en Dios

La empresa encuestadora Gallup publicó en julio los resultados de su último estudio sobre las creencias religiosas en Estados Unidos. El porcentaje de la población que cree en Dios, en los ángeles, en el Cielo, en el infierno y en el demonio ha disminuido entre tres y cinco puntos porcentuales desde 2016. Actualmente, el 51 % de los estadounidenses cree en las cinco entidades espirituales, el 11 % no cree en ninguna y el 31 % cree sólo en algunas. De los entrevistados, el 74 % cree en Dios, el 69 % en los ángeles, el 67 % en el Cielo, el 59 % en el infierno y el 58 % en el demonio.

Gallup realiza esta encuesta desde 2001 y ha verificado una fuerte dis-

minución en la frecuencia a la iglesia, en la confianza y la identificación religiosa en el país, encontrándose los resultados de 2023 en su punto más bajo.

El cuerpo de San Pío X visitará Treviso

La urna con los restos de San Pío X realizará una histórica peregrinación, del 6 al 15 de octubre, a la región natal del santo en Véneto, pasando por la catedral de Treviso, por la iglesia de su casa natal, Riese, y por el santuario mariano de Cendrole.

El evento, que viene siendo organizado durante años, involucrará a todas las parroquias del norte de Italia y se espera que atraiga a miles de peregrinos a los lugares donde vivió San Pío X antes de ascender al solio pontificio. Están previstas diversas actividades pastorales para que los fieles puedan venerar y conocer más la figura del Santo de Treviso.

Decae la práctica del catolicismo en Italia

Una encuesta realizada por Euro-media Research para la revista italiana *Il Timone* revela que el catolicismo ya es una minoría en Italia: sólo el 32% de los entrevistados se declaró católico, de los cuales solamente el 13,8% es practicante, y el 37% de la población declaró no tener creencia alguna.

Además, el estudio apunta a una realidad con relación a los fieles: el 32% de ellos desconoce el significado de la Eucaristía, el 66% no tiene un concepto claro sobre la resurrección de la carne, el 20% piensa que el pecado es únicamente un mal que se le hace a los demás, y el 96% reza ocasionalmente, resultados que reflejan una profunda ignorancia sobre aspectos fundamentales de la fe católica.

Peregrinos veneran el anillo de la Virgen María

La catedral de San Lorenzo, de Perugia (Italia), custodia un tesoro de un valor incalculable para la cristiandad: el anillo de bodas ofrecido por San José a la Virgen María. Anualmente, decenas de peregrinos visitan el lugar para venerar la reliquia, que se expone en dos ocasiones oficiales a lo largo del año: el 29 de julio, fecha de su traslado a la catedral, y el 12 de septiembre, festividad del Dulcísimo Nombre de María.

El anillo, una simple pieza de calcedonia, se ha convertido a lo largo de los siglos en un memorial del histórico acontecimiento que precedió a la Encarnación del Verbo, así como en un símbolo de perfecta fidelidad conyugal, por lo que muchas parejas peregrinan a Perugia para tocar sus alianzas de boda en la reliquia.

Lista de espera para ser camaldulense

Ubicado en una apartada región de Burgos (España), el monasterio de Nuestra Señora de Herrera, de los Eremitas Camaldulenses de Monte Corona, tiene una lista de espera de candidatos que desean ingresar en él. A pesar de la inhóspita localización del eremitorio, el régimen austero y penitente en el que viven los monjes, la pobreza y la falta de tecnología, la orden ha atraído cada vez más vocaciones jóvenes.

Los ermitaños de Monte Corona nacieron en 1529 del deseo del Beato Pablo Giustinini de retomar las antiguas prácticas de la Orden Camaldulense, fundada por San Romualdo en el siglo XI.

Abolido el uso de móviles en las escuelas

El Gobierno de los Países Bajos ha emitido una directiva nacional que indica que los estudiantes deben abstenerse de usar teléfonos móviles, tabletas y otros dispositivos electrónicos en las escuelas, norma que entrará en vigor a partir del 1 de enero de 2024.

Sin ser todavía una norma legislativa, la directiva pretende reducir el impacto negativo que la tecnología está teniendo en el rendimiento de los niños en la etapa escolar, según investigaciones recientes.



GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano





HISTORIA PARA NIÑOS... ¿O ADULTOS LLENOS DE FE?

El brillo de la luciérnaga

«¡Vamos a apagar nuestras linternas!», aconsejaba Blim. ¿Sería ése el mejor medio de huir de los asaltos de aquella malévola serpiente?



✂ Estela Sofia Alves Silva

El cielo, maravillosamente iluminado en oro, se dibujaba ora rosado, ora anaranjado. Poco a poco el colorido fue dando paso a tonos cada vez más oscuros. Muchos animales se recogían en sus madrigueras y los pájaros en sus nidos, para disfrutar de un reconfortante sueño. Finalmente, habiéndose retirado el sol del firmamento, la luna vino a presidir aquella noche.

Prestaba una atención única a todo lo que estaba bajo su mirada, acompañada de sus siervas, las estrellas. Ninguna nube las tapaba, de manera que la bóveda celeste se encontraba limpia y magníficamente adornada. ¿Qué madrugada tan estupenda!

De repente —¡qué curioso!—, centenares de otras luces comienzan a aparecer. No, no eran las estrellas del cielo, sino las estremitas de la tierra: las luciérnagas. Dos de ellas, Clos y Blim, se aventuraban solas por el monte, para conocer las nuevas flores nacidas aquella primavera.

Entonces, la luna vio una serpiente, con fisonomía desengañada. El reptil daba saltos amenazantes hacia lo alto, como si quisiera capturar a alguna víctima con sus fauces. Después de un tiempo, la luna logró entenderlo: ¡la víbora deseaba morderla, junto con las estremitas! Intrigada, le preguntó:

—Pero ¿no te das cuenta de que lo que pretendes es imposible? Estamos bastante lejos...

—¡Ya lo sé! —bramó la víbora—. ¡Y lo odio! Tú recibes la

luz del sol, y las estrellas son una imagen de él durante su ausencia. Detesto el sol, porque su claridad permite que mis presas me vean y huyan de mí. Y tú haces lo mismo por la noche. Como no puedo hacer nada contra el astro rey, ¡os atacaré a vosotras!

La luna no perdió su tiempo en contestar a tan gran insensatez. Tomada por ese estado de ánimo, ninguna palabra sería capaz de convencer a la serpiente. Así que decidió ignorarla y dirigió sus ojos hacia los simpáticos lampíridos.

Los encontró haciendo una carrera entre la vegetación. Blim y Clos tenían tanta energía esa noche que sus linternitas eran más fuertes que de costumbre. Ambos jugaban despreocupados, hasta que Clos escuchó un ruido en el suelo, cerca de ellos...

—¿Qué es eso? —le preguntó a su compañero.

—No es nada... ¡A ver si me pillas! —le respondió Blim.

Más adelante, volvió a escuchar el ruido, sin encontrar quién o qué lo provocaba. En determinado momento, pasaron por una pequeña zona sin vegetación y... ¡vieron a la serpiente!

—Ah, es ella —comentó Clos aliviado—. Podemos estar tranquilos, porque las serpientes no comen luciérnagas.



Amedrentado ante la furia de la serpiente, Blim apagó su luz. Pero no imaginaba que esa actitud sería su ruina

Ilustraciones: Lucilia Bernadete Guarany

Entonces, olvidándose del peligro, volaron hacia otro monte. Y la víbora fue detrás... Blim se dio cuenta y decidió preguntarle:

—Serpiente, ¿necesitas algo? —pero ésta no le respondió.

Desconfiados y temerosos, los lampíridos empezaron a volar rápidamente; ganando un poco de distancia, se pusieron a salvo y se detuvieron. Al mirar hacia atrás, se la encontraron de nuevo cerca de ellos y por eso le preguntaron:

—Serpiente, ¿por qué nos persigues? No lo entendemos. Ni siquiera somos alimento para ti —gruñó Clos.

Sin embargo, otro intento fallido, pues el reptil continuaba en silencio. Los insectos comprendieron que si no huían, pronto les pasaría algo y no querían ni imaginárselo. Volaron, volaron, volaron, mientras la víbora les seguía, increíblemente rápida y matrera.

—¡No se detiene, Blim! ¡Tenemos que hacer algo!

Armándose de valor, Clos cesó la huida. Su compañero lo imitó. Se volvió hacia su enemiga y le ordenó con voz imponente:

—Serpiente, ¡¡¡basta ya!!! ¿Qué mal te hemos hecho? ¿Acaso esto es una broma de mal gusto? ¿Por qué nos estás persiguiendo?

Finalmente, en un tono malévolo, les explicó:

—¡Brilláis... y no lo soporto! Por eso quiero destruiros —y en un salto inesperado, casi que se los traga.

Blim le preguntó:

—¡Nuestras luces tan débiles! ¿Qué daño te hacen?

La víbora, furiosa y agitada, gritó:

—¡No me hacen ningún daño! ¡Quiénes me molestan son el sol, la luna y las estrellas! Pero ya que no puedo hacer nada contra ellos, ¡la emprendo contra las luciérnagas, porque sois un símbolo de ellos!

Y comenzó a atacar a los dos minúsculos insectos de todas formas. Ellos trataban de elevarse, pero la víbora saltaba más alto. Casi fueron tragados en varias ocasiones.

Los dos aceleraron tanto como podían. Blim se dejó llevar por el miedo y dijo:



—Clos, vamos a apagar nuestras linternas. Así la serpiente no nos verá, ni nos odiará sin motivo.

—¿Estás loco? Si Dios nos ha hecho semejantes a los luceros del cielo, ¿qué debemos temer? Apagar nuestras luces sería una ingratitud al Creador.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando otra vez se abalanzó sobre ellos su enemiga.

—¡¿Lo ves?! No voy a ser yo comida para ella.

Renunciando a la lucha, Blim apagó su luz. La serpiente lo perdió de vista y ya no lo persiguió.

Aún quedaba Clos.

—¡No escaparás! —le amenazó.

Con más rapidez y astucia, la serpiente se lanzó sobre la luciérnaga. Sin embargo, ésta no retrocedió ante la ofensiva. «Dios me ha hecho una pequeña estrella en la tierra y no renunciaré a ello», bramaba en su interior.

Tras unos instantes de pelea, cuando Clos se veía casi sin fuerzas, apareció una claridad muy intensa. No era el sol, pues aún no era el mo-



Clos pensaba: «Apagar nuestras luces sería una ingratitud al Creador, que nos hizo semejantes a los luceros del cielo»

mento. En realidad, era una luz más extraordinaria que la del astro rey.

Asustada con tal destello, la víbora huyó. A mitad del trayecto se encontró con Blim que, sin luz que le iluminara el camino, vagaba desorientado. La serpiente aprovechó esa distracción y se lo tragó de un solo bocado. Después se arrastró hacia un agujero, a fin de esconderse.

En medio de aquel fulgor, Clos pudo distinguir tres figuras: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. La tres divinas Personas le extendieron la mano al victorioso insecto y éste, volviéndose maravillosamente luminoso, fue subiendo, subiendo, subiendo, hasta que recibió un trono en el firmamento, junto con los demás cuerpos celestiales. Sí, por la perseverancia y la fidelidad de aquel humilde gusanillo, el Creador lo premió haciendo de él una estrella brillante y bonita.

* * *

El mal, como la serpiente, odia el brillo de los buenos, pues esa luz viene de Dios, de la Virgen, de los ángeles y de los santos, en comparación con los cuales somos simples luciérnagas.

Toma nota de esta enseñanza, querido lector: si no te avergüenzas de ser bueno ni temes los embates de los malos, el Altísimo te elevará a lo más alto del Cielo, donde gozarás de la luz eterna de los hijos de Dios. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Santa Verena, virgen (†s. IV). Nacida en Egipto, se instaló en la región de Zurzach, actual Suiza, donde pasó el resto de su vida al cuidado de los pobres y los leprosos.

2. San Siagrio, obispo (†599/600). En la diócesis de Autun, Francia, luchó contra la simonía, exigió el estricto cumplimiento de la disciplina eclesiástica y promovió los estudios teológicos.

3. XXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Gregorio Magno, papa y doctor de la Iglesia (†604 Roma).

Beata Brígida de Jesús Morrello, religiosa (†1679). Tras enviudar, se dedicó a la penitencia y a las obras de caridad. Fundó la Congregación de las Hermanas Ursulinas de María Inmaculada.

4. San Bonifacio I, papa (†422). Trabajó para resolver muchas controversias sobre la disciplina de la Iglesia.

5. San Bertino, abad (†c. 698). Fundó junto con San Mumolino en Saint-Omer, Francia, el monasterio de Sithieu, del que fue abad durante unos cuarenta años.

6. San Onesíforo. Discípulo de San Pablo, sirvió muchas veces al Apóstol en Éfeso, y durante su cautiverio en Roma.

7. Santa Regina, virgen y mártir (†s. inc.). Joven cristiana hija de padre pagano, decapitada cerca de Autun, Francia.

8. Natividad de la Bienaventurada Virgen María.

San Corbiniano, obispo (†725). Obtuvo abundantes frutos predicando el Evangelio en toda la región de Baviera.

9. San Pedro Claver, presbítero (†1654 Cartagena, Colombia).

Beato Pedro Bonhomme, presbítero (†1861). Se dedicó a las misiones populares y a la evangelización del mundo rural, y fundó la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora del Monte Calvario, en Gramat, Francia.

10. XXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Ambrosio Eduardo Barlow, presbítero y mártir (†1641). Sacerdote benedictino, durante veinticuatro años consolidó la fe de los católicos en la región de Lancaster, Inglaterra. Fue arrestado y ejecutado en Londres.

11. Beato Buenaventura de Barcelona, religioso (†1648). Hermano franciscano que fundó varios conventos en territorio romano para retiros espirituales.

12. Dulcísimo Nombre de María.

Beata María Luisa Proserpi, abadesa (†1847). Monja benedictina de Trevi, Italia, a quien el Señor concedió dones místicos extraordinarios, sin ahorrarle largas y dolorosas pruebas.

13. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia (†407 Comana, Turquía).

Beata María de Jesús López de Rivas, virgen (†1640). Discípula de Santa Teresa de Jesús y priora del Carmelo de Toledo. Recibió en el cuerpo y en el alma la comunicación de los dolores de la Pasión del Señor.

14. Exaltación de la Santa Cruz.

San Gabriel Taurino Dufresse, obispo y mártir (†1815). Sacerdote de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, después de cuarenta años de di-

ligente ministerio, catorce de los cuales como vicario apostólico, murió decapitado en Chengdú, China.

15. Nuestra Señora de los Dolores.

Beato Pablo Manna, presbítero (†1952). Dejando la acción misionera en Birmania por su debilitada salud, trabajó en la evangelización de Italia.

16. Santos Cornelio, papa (†252 Civitavecchia), y **Cipriano**, obispo (†258 Cartago), mártires.

Santa Edith de Wilton, virgen (†c. 984). Hija del rey Edgar de Inglaterra. Se consagró a Dios desde muy joven en un monasterio.

17. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Roberto Belarmino, obispo y doctor de la Iglesia (†1621 Roma).

Santa Hildegarda de Bingen, virgen y doctora de la Iglesia (†1179 Bingen, Alemania).

San Sático, laico (†c. 377). Hermano de San Ambrosio y de Santa Marcelina, vivió la fe con integridad, dando ejemplo de honestidad. En su funeral, San Ambrosio pronunció una homilía que aún hoy se lee en el oficio de difuntos.

18. Santa Ricarda, emperatriz (†c. 895). Tras enviudar, ingresó en la abadía de Andlau, Alemania, donde pasó el resto de sus días en oración y en la práctica de obras de caridad.

19. San Jenaro, obispo y mártir (†s. IV Pozzuoli, Italia).

San Mariano, eremita (†s. VI). De ilustre familia de Bourges, Francia, dejó el mundo para convertirse en ermitaño

en Berry. Sólo comía manzanas agrestes y miel.

20. Santos Andrés Kim Taegon, presbítero, Pablo Chong Hasang y compañeros, mártires (†1839-1866 Corea).

Santa Teresa Kim Im-i, virgen y mártir (†1837). Nacida en Seúl en el seno de una familia cristiana, a los 17 años consagró su virginidad a Dios. A la edad de 36 años fue arrestada, torturada y golpeada hasta la muerte.

21. San Mateo, apóstol y evangelista.

San Jonás, profeta. Enviado por Dios a predicar en Nínive. Su salida del vientre de la ballena, relatada en la Sagrada Escritura, prefigura la Resurrección de Cristo.

22. San Ignacio de Santhià, presbítero (†1770). Capuchino italiano, se destacó como confesor, director de almas y formador de novicios.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero (†1968 San Giovanni Rotondo, Italia).

Beata Elena Duglioli Dall'Olio, viuda (†1520). Nació en Bolonia, Italia. En su juventud quiso consagrarse al Señor, pero debido a la oposición de sus parientes se vio obligada a casarse. Tras la muerte de su marido, se dedicó a las obras de caridad.

24. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.

Beato José Raimundo Ferragud Gurbés, mártir (†1936). Padre de familia fusilado durante la guerra civil española.

25. San Sergio de Radonez, abad (†1392). Después de llevar una vida eremítica, fundó el monasterio de la Santísima Trinidad cerca de Moscú y propagó la vida cenobítica en el norte de Rusia.

26. Santos Cosme y Damián, mártires (†c. s. III Ciró, Siria).



Los santos arcángeles Gabriel, Miguel y Rafael – «Grandes Horas de Ana de Bretaña», Biblioteca Nacional de Francia, París

Beata Lucía de Caltagirotte, virgen (†1400). Religiosa de la Tercera Orden Regular Franciscana, insigne por su fidelidad a la regla y su devoción a las cinco llagas de Cristo.

27. San Vicente de Paúl, presbítero (†1660 París).

Beato Juan Bautista Labrier du Vivier, diácono y mártir (†1794). Durante la Revolución francesa fue condenado a

un cruel cautiverio a causa de su estado clerical y murió en Rochefort.

28. San Wenceslao, mártir (†929/935 Stara Boleslav, República Checa).

San Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires (†1633-1637 Nagasaki, Japón).

San Simón de Rojas, presbítero (†1624). Religioso trinitario nombrado preceptor de los infantes de España y confesor de la reina. Se mantuvo pobre, humilde, misericordioso y fervientemente devoto en el esplendor de la corte.

29. Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

San Ciriacco, anacoreta (†557). Vivió cerca de noventa años en cuevas en los alrededores de Belén y fue un gran defensor de la ortodoxia contra los errores de los origenistas.

30. San Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia (†420 Belén, Palestina).

San Simón, monje (†1082). Siendo conde de Crépy, Francia, renunció a su patria, matrimonio y riquezas para llevar una vida eremítica. Llamado muchas veces a intervenir como legado de paz para promover la conciliación entre los príncipes, murió en Roma y fue enterrado en la basílica de San Pedro.

¿Quiere vencer las tentaciones?

¿Reacción «oso polar» u «oso negro»? La elección está en sus manos... Pero tal vez le ayude leer primero este artículo.



Hna. Mary Teresa MacIsaac, EP

Cualquiera que pasee por los bosques boreales, ya sea en Siberia, en Canadá o en los países nórdicos de Europa, se topará fácilmente con un animal gigantesco, muy peludo y siempre hambriento: el oso.

En cuentos infantiles generalmente se le presenta encantador e incluso pintoresco; pero estando ante uno de ellos afloran en la mente adjetivos totalmente opuestos... señalados por las reacciones más primarias del instinto de conservación.

Sus estrategias de ataque, formas de vida y alimentación varían entre las especies.

El oso polar es el cazador más feroz y, como en el Polo Norte los seres vivos son escasos, Dios lo dotó de una aguda «astucia»: para camuflarse de su presa en el blanco paisaje, tapa su nariz negra con sus albísimas patas. Tanto se parece a una montaña de nieve que la víctima sólo se da cuenta cuando ya es demasiado tarde... Se distingue por ser un corredor agilísimo, un nadador excelente. De todos modos, si usted, querido lector, se encuentra con uno, ¡no lo piense dos veces antes de salir corriendo!

El oso negro, por su parte, se halla en un perímetro mucho más extenso. Está presente en muchas reservas naturales y bosques cercanos a lugares habitados. Aunque es carnívoro, sólo ataca al hombre cuando se siente amenazado. Sin embargo, es un ani-

mal fortísimo, capaz de derribar árboles abriéndose camino en medio de la floresta, y de ahí que sea un peligro para nuestra especie.

Pero le voy a dar un consejo: si tuviera usted la desgracia de enfrentarse a un oso negro, no huya de inmediato; mantenga la calma y mírele un rato a los ojos. Así quedará aturdido y se marchará. Si, por el contrario, sale corriendo, le perseguirá y si por ventura no le mata, al menos resultará gravemente herido.

Debe estar pensando usted que todos estos datos cabrían mejor en una revista científica o en labios de un zoólogo... Pero se equivoca.

San Buenaventura dice que el Padre eterno entregó tres libros para nuestro aprendizaje: el de la creación, el libro encarnado —Jesucristo— y la historia de la salvación. En el primero podemos encontrar las dos actitudes que debemos adoptar ante las tentaciones.

Usted mismo, querido lector, juzgará los siguientes casos y dirá en qué manera de proceder encaja cada uno: reacción «oso polar» o reacción «oso negro».

Cuando suena el despertador por la mañana y tengo muchas ganas de seguir durmiendo, ¿qué debo hacer: *huir* de la tentación, tapándome la cabeza con la manta y volver a dormir —reacción «oso polar»; o *enfrentar* la pereza, mirar la situación a la cara y levantarme de la cama con energía —reacción «oso negro»?

¿Cuál ha de ser mi conducta en diferentes circunstancias, como cuando, estando en un corrillo de amigos, en el trabajo o en un restaurante, necesito manifestar mi fe, ya sea a través de la señal de la cruz, de la oración o de la respuesta ufana a una pregunta sobre mi religión, y tiendo a evitar confesarla? ¿Debo enfrentarme a la vergüenza —«oso negro»— o tengo el derecho de evadirme —«oso polar»— y dejar que se burlen de mi cobardía?

No obstante, cuando miro la televisión y me topo con escenas que no se ajustan a la moral católica, ¿debo enfrentar las tentaciones de la pureza tal como se presentan —reacción «oso negro»— o simplemente huir de esta ocasión de pecado —reacción «oso polar»— apagando la pantalla?

He aquí una de las lecciones del libro de la creación.

El libro encarnado nos enseñó a velar y orar para no caer en la tentación (cf. Mt 26, 41). ¿Y qué encontramos en el libro de la historia de la salvación? Cada una de sus páginas proclama: nunca se ha oído que un devoto de la Virgen Santísima fuera abandonado.

Por lo tanto, en los momentos de la tentación, juzguemos con sabiduría la mejor actitud a adoptar, pidiendo al Cielo las fuerzas necesarias para superar los obstáculos, llenos de confianza en que María nos ayudará, nos pondrá bajo su manto, y así saldremos victoriosos en la lucha contra el mal. ✧



Yellowstone National Park

Oso negro - Parque Nacional de Yellowstone (Estados Unidos)



Alan D. Wilson (CC BY-SA 3.0)

Osos polares - Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico, Alaska

La Beata Dina Bélanger vistiendo
el hábito de la Congregación de las
Religiosas de Jesús y María

Reproducción

*U*n alma no puede acercarse a mi Co-
razón sin alegrarse, porque soy un
horno de gozo y de felicidad. Incluso en los
momentos en que asocio más íntimamente
un alma a mi Pasión y a mis sufrimientos,
sé trocarle toda su amargura en dulzura.

*Palabras de Nuestro Señor Jesucristo
a la Beata Dina Bélanger*